

El Cuento Semanal



CALVARIO

POF

ALEJANDRO SAWA

Ilustraciones de PALAO



El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO IV.—29 de Julio de 1910.—NÚM. 187.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 30 céntimos.

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

LA FANFARLÓ

de CHARLES BAUDELAIRE

Versión castellana de LUIS RUIZ CONTRERAS

El autor de «Las flores del mal» disfruta, entre las nuevas generaciones literarias, de un prestigio envidiable. Asistió al triunfo de los románticos y le cautivaron los desórdenes de la bohemia, hija natural del romanticismo, engendrada en una noche de orgía delirante y prostibularia; pero su inteligencia era metódica y sus maneras pulcras; inclinóse hacia lo serenamente perfecto y hacia lo aristocrático. Esta divergencia de su carácter, fué, sin duda, causa de su dolor y de su derrota. Queriendo vivir como un potentado, malgastó su exiguo caudal; buscando una originalidad que le distinguiera de todos, arruinó su cerebro. Su vida, soberbia y cruel, está llena de amarguras, injusticias y contrasentidos. Le conduce á verdaderas puerilidades, impropias de su genio, el afán de «asombrar» á sus contemporáneos, á sus amigos. Un día encuentra en la calle á Teodoro Banville, y le propone tomar un baño «en su compañía». El otro acepta, y cuando están sumergidos cada uno en su bañera, le dice Baudelaire:—Ahora que no puede usted eludirlo, voy á leerle una tragedia en cinco actos—. En el café, alzando la voz para que todos le oyeran, preguntaba sencillamente á uno de sus compañeros de mesa:—¿No ha comido usted sesos de niño? Saben así como á nueces verdes; me gustan mucho—. Y otro día comenzaba una historia con esta frase: «Cuando hube asesinado á mi pobre padre...» El año 50 hacían su efecto excentricidades como éstas, que ahora nos parecen simples, y bastaron para crearle una reputación de hombre repulsivo. En el fondo, no era más que un alma sedienta de gloria.

Nada tan singular como el suceso que Máximo de Cam refiere. Un día, se le presentó Baudelaire con la cabeza teñida de verde, y como el otro no se diese por enterado, el poeta le dijo:—¿No encuentra en mí nada especial?—Absolutamente nada—. Pues llevo la cabellera teñida de verde, y esto no se ve con frecuencia—. ¡Bah!—repuso el amigo—, todos tenemos el pelo más ó menos verde. Me hubiera sorprendido una cabellera azul; pero, ¿verde? ¡No hay pocas en París!—En casos análogos, enfurecía la indiferencia de los demás.

En 1855 publicó su magnífica traducción de los «Cuentos extraordinarios», de Poë, y en 1857 sus poesías originales con el expresivo rótulo «Flores del mal». Guiados por un artículo de Burdin que publicaba «Le Figaro», los tribunales intervinieron, condenándole á pagar 30 francos de multa y á suprimir seis composiciones lesbianas. Victor Hugo, á quien

Baudelaire despreciaba, escribióle con este motivo: «Las flores del mal» deslumbran como estrellas. Acaban de favorecerle con una de las raras distinciones que puede ofrecerle el régimen actual: lo que se llama su justicia, le condena en nombre de lo que se llama su moral; esto es un timbre de gloria para el poeta.» Saint-Beuve disculpaba sus atrevimientos con esta ironía: «Lamartine se apodera del «cielo»; Victor Hugo, de la «tierra» y algo más, Laprade, de los bosques; Musset, de la pasión y de la orgía; otros, acotaban el hogar, la vida campestre...; Teófilo Gautier, se adjudicó España y el colorido brillante. ¿Quedaba otra cosa que lo poetizado por Baudelaire? Era inevitable...»

Su prosa contribuye tanto á su fama como sus versos. Además de sus traducciones de Poë, que han contribuido mucho á enaltecer al torturado cuentista norteamericano, tiene la magnífica serie de poemas cortos, «Los paraísos artificiales», una preciosa colección de estudios críticos, que forman dos volúmenes de sus obras completas «El arte romántico» y «Curiosidades estéticas» y **La Fanfarló**.

Es **La Fanfarló** el trabajo novelesco de mayor extensión que produjo el autor insigne cuya memoria quiere honrar EL CUENTO SEMANAL, incluyendo en su número próximo la traducción de tan interesante novela. En sus páginas, hace Baudelaire la pintura de una historia romántica, satirizando las costumbres y la literatura de su tiempo. Cuando escribía **La Fanfarló**, el poeta soñaba en cultivar con preferencia el género que tan lucidamente ensaya en dicha obra, teniendo ya planeados asuntos diversos; pero los accidentes y sorpresas de la vida le arrollaron arrastrándole por otros caminos. El dolor se sobrepuso á la ironía, y la muerte guarda el secreto de muchas creaciones que sólo han existido en el pensamiento que las acariciara. Baudelaire había nacido en 1821 y murió en 1867, antes de que vinieran al mundo los que hoy le adoran y siguen devotamente sus doloridos pasos. Amó á una bestia carnal, y faltóle ternura para una mujer que le amaba; comenzó su vida buscando fingimientos que desconcertaran, y acabó desconcertándose y desconociéndose.

Acaso creó él mismo, en sus ficciones, el mal que había de roerle y consumirle. Corona su desgraciada vida, su póstuma fortuna. Es el poeta que provoca devociones más profundas; ¡el Destino es irónico muchas veces!

Luis RUIZ CONTRERAS

CALVARIO

Adaptación (1) de JACK, de ALPHONSE DAUDET

ACTO PRIMERO

La escena es un salón brillantemente iluminado. Destácanse en lugar bien visible dos grandes estatuas, una del inmortal Goethe y otra del dueño de la casa, Amaury d'Argenton, poeta endiosado, vizconde dudoso y ex profesor del Colegio Monroval.

Sendos retratos cubren las paredes, tapizadas con papeles chillones y ampulosos cortinajes de... peluche.

Un *buffet* lujoso, con abundantes viandas, golosinas, vinos y licores espera a los invitados de la gran fiesta, que al otro lado de las cortinas se prepara, á juzgar por el sordo rumor de las conversaciones múltiples que de aquella parte se percibe, como en un teatro antes de azarse el telón.

Consolas doradas con candelabros ostentosos. Plantas de salón en amplias macetas. Una gran araña refulgente...

Hay lujo sin duda en el decorado, pero los espíritus perspicaces ven flotar en aquel ambiente el alma cursi y arrivista del fascinador de la infeliz Ida de Barancy y verdugo impio de Jack.

Son las diez de la noche. París. Los invitados siguen llegando. Saludos, sonrisas, rectificaciones, más ó menos á hurtadillas ante los espejos, en los vestidos, en los peinados... Todos siguen á los salones del foro.

Solamente quedan, próximos al *buffet*, en primer término, el músico Labassindre y el doctor Hirsch, los dos antiguos camaradas, que comen y beben en tren de emprender una prolija y sañuda murmuración del espectáculo y sus asistentes. Son dos hombres maduros ya y envidiosos que no han *llegado* y apenas logran dorar con una fácil ironía la inquietud que la lucha por la existencia pone en su espíritu.

La comedia empieza: oigámosles.

ESCENA PRIMERA

LABASSINDRE, HIRSCH

HIRSCH (*Haciendo grandes gestos de admiración*).—¡Admirable, admirable! (*Coge dos vasos del buffet, llénalos de vino y ofrece uno á Labassindre*.) ¡A tu salud, y porque nos veamos pronto en otra!

LABASSINDRE (*Choca su vaso alegremente, con el de Hirsch, y se pone á bailotear, al compás de un aire popular cualquiera*).—

HIRSCH (*Con un gesto cómicamente imperativo*).—¡Silencio, Orfeo!

LABASSINDRE (*Con admiración y refiriéndose á los esplendores de la sala*).—¡Pero esto es colosal, archisuntuoso, despampanante; ya se ve que tiene dinero de veras nuestro gran poeta y anfitrión!

HIRSCH.—Parece que sí...

LABASSINDRE (*Con malicia, y haciendo un gesto con los dedos, como de contar moneda*).—Pero... ¿Dinero suyo... ó de ella?

HIRSCH (*Con aire de gran soñador ofendido*).—¿Por quién me has tomado? ¿Tú te crees que yo

sería capaz de poner los pies en esta casa si todo lo que ves aquí no fuese de la absoluta propiedad del amigo D'Argenton?

LABASSINDRE.—¿Qué diablo! Tú recordarás que D'Argenton, cuando le conocimos en el colegio Monroval, no nadaba en la opulencia ni mucho menos. Además, á mí me han dicho que se había hecho rico (*Guiñando los ojos maliciosamente*) por alianza...

HIRSCH.—Pues yo he oído hablar de cierta herencia...

LABASSINDRE.—¡Ah, tanto mejor! No sabes qué peso me has quitado de encima. (*Bebe una nueva copa, y se cree en la obligación de añadir*.) Porque eso de beber y comer á costa de las señoras... (*Y después*.) Pero, de todos modos, ¡qué suerte la de algunos hombres! ¿Quién hubiera dicho que Amaury D'Argenton?... ¡Mira que haber tenido una herencia, ó lo que sea, y por añadidura poseer una mujer como la que con él comparte esta espléndida casa!

HIRSCH (*Enseñándole las estatuas de Goethe y de D'Argenton*).—¿Qué quieres, todo el mundo no es un genio! En esa deliciosa idea de colocar á Goethe delante de su propia efigie está simbolizado claramente el concepto que de sí tiene nuestro insigne poeta. No sólo se hace erigir una estatua en vida; no sólo la hace formar un admirable *pendant* con el autor de *Fausto*, sino que se hace representar sus propias obras en casa, ya que los empresarios no han sido, sin duda, capaces de comprenderlas. (*Coge del buffet dos emparedados, llena de vino dos sendas copas é invita, con un gesto del mejor tono, á su amigo, á compartirlos*.)

LABASSINDRE.—¿Y cómo se llama esa señora, que no recuerdo cómo me has dicho?

HIRSCH.—Ida de Barancy.

LABASSINDRE.—¿Dónde diablos la habrá pescado?

HIRSCH.—Probablemente en agua no muy clara...

LABASSINDRE.—¡Ya! (*Sentándose y montando una pierna sobre otra*.) ¡Entiendo!

HIRSCH.—No, al contrario, creo que no me has entendido, y para evitar equívocos, voy á explicarte la situación en dos palabras. Tenemos, por de pronto, á Ida de Barancy, mujer, ó señora, si lo prefieres, de costumbres algo... ¿cómo diría yo? algo irregulares ó ligeras, á elegir: esta casa, espléndidamente amueblada, como ves; un viejo anónimo, protector de la dama, naturalmente... y un hijo, Jack, ahijado de lord Pembrock, si hemos de dar crédito á lo que dice su madre...

LABASSINDRE.—¡Ah, el muchacho á quien yo coloqué en la fábrica por indicación tuya!...

HIRSCH.—Justamente... ¡Pero déjame seguir mi historia! Como el muchacho crecía, convirtiéndose en una rémora para la madre, ésta le hizo

entrar de interno en la Pensión Monroval, aquella famosa Pensión que tantos recuerdos tiene para nosotros, y en la que D'Argenton, como sabes perfectamente, era profesor de Literatura, de Historia, de Filosofía, y qué sé yo de cuántas cosas más: de todas las que ignora, aunque él cree que las domina, porque se deja crecer el pelo unos cuantos centímetros más que nosotros y afecta ciertos aires de languidez, lo mismo en un entierro que en un bautizo...

LABASSINDRE.—¡La Pensión Monroval!... (*Sentimental.*) ¡Cuánto recuerdo á mi memoria unido!

HIRSCH.—¿Te acuerdas? Era un colegio modelo para hijos de *cocottes*.

LABASSINDRE.—¿Y allí conoció nuestro poeta á la señora de la casa, ó... de la herencia?

HIRSCH.—Un día que Ida de Barancy fué á visitar á su hijo al colegio, hizo el descubrimiento de D'Argenton, que estaba en la sala de visitas escorzado, en esa actitud que toma cuando quiere hacerse irresistible... Es probado que, ciertas mujeres, se vuelven locas con su aire sentimental, con su postura «artista» de litografía del tiempo de Luis Felipe... La infeliz quedó herida como por un rayo... Consecuencia del rayo: un almuerzo con la dama en su hotel. Después... es fácil adivinar... Sobreviene la herencia, sobreviene que se hace celoso D'Argenton y obliga á la señora de Barancy á abandonar al viejo y anónimo protector y sobreviene... ¿estás al cabo de la calle?

LABASSINDRE.—Bueno; pero ¿y el hijo, y Jack?

HIRSCH (*Haciendo como que se conmueve*).—¡Oh! No me hables de él. ¡El pobre Jack! Ese es el lado dramático de esta historia. ¡Qué inmensa desgracia! ¡Ah, si su madre lo supiera!

LABASSINDRE (*Intrigado*).—¿Si supiera qué?

HIRSCH (*Solemne*).—Una noticia tremenda. Oficial desde hace muy pocas horas. Jack ha muerto. El barco en que navegaba y del que no se tenían noticias hace veinte días, ha naufragado, sin que ninguno de sus tripulantes haya podido salvarse.

LABASSINDRE.—¿Y aquí nadie sospecha?...

HIRSCH.—Sí, la madre está inquieta desde hace algún tiempo; precisamente hoy me ha enviado en busca de noticias á casa del doctor Rivals... En cuanto á D'Argenton, ¡bah!, para nadie era un secreto que odiaba al pobre Jack con toda su alma. Tentado estoy de afirmar que, cuando sepa la noticia de su muerte, se alegrará, como de un bien que le cayera inopinadamente del cielo.

LABASSINDRE.—¿Pero tanto le odiaba?

HIRSCH.—No hay palabras con que decirlo. Creo que nadie se atrevería á dudar de mi amistad con D'Argenton. Sin embargo, puedo asegurarte que ese poeta de exquisita sensibilidad, en lo que se refiere á Jack, ha sido un gran verdugo. ¡Oh, mucho más verdugo que poeta! La vida para el pobre Jack, llegó á hacerse aquí intolerable de todo punto... Primero le sacó del colegio, para ponerle en un oficio; después, le hizo entrar de aprendiz en una fábrica...

LABASSINDRE.—Pero ¿y su madre?

HIRSCH.—¡Bah!, la señora de Barancy, ¿asi loca de admiración por su amante, en quien creía ver la más alta figura literaria de la Francia, carecía de voluntad para oponerse al más nimio de sus caprichos... Las cosas llegaron hasta tal extremo, que el pobre Jack, presa del terror y de la pena—porque nunca había dejado de adorar á su madre sobre todas las cosas—, sentó plaza en la marina de guerra, alistándose como grumete, y luego como fogonero en el barco que acaba de naufragar.

LABASSINDRE.—¡Qué fin tan triste!

HIRSCH.—Por fin, quedaron realizados los deseos del poeta. El quería á toda costa desembra-

razarse de Jack, á quien consideraba como un estorbo para apoderarse por completo de la madre.

LABASSINDRE.—Ese D'Argenton me ha parecido siempre un hombre muy listo.

HIRSCH.—No digas disparates.

LABASSINDRE.—¡Vamos! No podrás negar que tiene talento...

HIRSCH.—¡Un perfecto imbécil! (*Apercibiéndose de su llegada.*) ¡Ah! Pero ahí viene...

ESCENA II

DICHOS y D'ARGENTON, de frac y corbata blanca. Es un feroz *poseur* hasta en sus menores detalles. Melena, monocle, joyas etc. Habla siempre con afectación «en artista», pero no pasa de ser un bohemio vestido de limpio que excita más curiosidad que interés. Después llega MONROVAL, tipo pedante de raída levita y gafas.

D'ARGENTON (*A Hirsch y Labassindre, con tono impaciente*).—Pero ¿qué hacen ustedes aquí tan tranquilos? La representación ha comenzado ya hace un buen rato.

LABASSINDRE.—¡Ah! ¿Sí? Pues vamos, vamos...

HIRSCH.—¡Oh! No hay que perder una sílaba.

D'ARGENTON (*Les acompaña hasta la puerta que da al otro salón. Después acude con las manos tendidas á Monroval, que llega en aquel instante*).—¡Ah, mi querido amigo! ¡Mi ilustre profesor! ¡Heme aquí, por fin, en mi verdadero centro intelectual!

MONROVAL.—Temía llegar con algún retraso...

D'ARGENTON.—En efecto, la representación comenzó hace un rato; pero ¿qué importa? Tengo verdadera ansia de hablar con usted que ha sido testigo de mis primeras tentativas en el proceloso mar de las letras... ¡Oh, esta noche doy, al fin, mi gran batalla! Todo mi porvenir se decide en ella. No se atrevió á representar mi obra ningún empresario de teatros. Ahora verán lo que se han perdido. Quiero dar al acontecimiento literario un grandioso carácter de protesta, seguro de que ha de provocar en todos los centros artísticos una sensación enorme...

MONROVAL.—¡Ni que decir tiene! Pero no sabía hasta anoche, que tuve el gusto de recibir su invitación para esta fiesta, que hubiese usted regresado del campo.

D'ARGENTON.—¡Oh! No encontraba allí ambiente. Muy bonito, muy lleno de inspiraciones y todo lo que se quiera, ¡oh, el campo!...; pero me sentía en él como desorientado... no sé... como un hombre constreñido á vivir en país extranjero. Sólo en París podemos los artistas hallar nuestro verdadero centro intelectual.

MONROVAL (*Señalando al foro*).—¿Mucha gente?

D'ARGENTON.—¡Oh, un lleno inmenso! ¡Un verdadero éxito!

ESCENA III

Los mismos é IDA, que llega con elegante vestido, de colores claros y descote muy pronunciado. El aire vivo, alocado de un pájaro feliz y volandero sin rumbo fijo. Viene alborozada á comunicar á D'Argenton sus gratas impresiones del espectáculo. Y canta más que habla.

IDA.—¡Oh, amigo mío! ¡Qué animación! ¡Qué público tan selecto! ¡Qué orgullosa me siento de mi poeta!

D'ARGENTON (*A Monroval*).—¿Pero no recuerda usted á la adorada loca de mi hogar?

IDA (*Alargando su mano á Monroval*).—¡Claro que sí! El señor Monroval en cuyo colegio estubo mi Jack interno.

D'ARGENTON (*Contrariado por el recuerdo*).—El señor Monroval ha abandonado la enseñanza hace bastante tiempo.



MONROVAL.—Al poco tiempo de haber salido del colegio su hijo de usted, señora.

D'ARGENTON.—Sí, Ida; pero es que tú no estás nunca al corriente de nada. Monroval—me extraña que no lo sepas—dirige actualmente la *Revista de las razas futuras*.

IDA.—¡Ah, que sea enhorabuena!

MONROVAL.—¿Y su hijo de usted? ¿Ha seguido alguna carrera?

IDA (*Balbuca, confusa*).—Sí... sí... está en la Marina... ¿Sabe usted?

MONROVAL.—No me llama la atención que haya terminado brillantemente sus estudios. Su hijo de usted, bien lo recuerdo, era uno de mis mejores discípulos.

IDA (*Con entusiasmo*).—¿Verdad que sí, señor Monroval? ¿Verdad que mi Jack era un niño de mucho talento y muy estudioso?

D'ARGENTON (*Interrunpe contrariado*).—¿Has colocado bien á Landouzie?

IDA.—¡Oh! Sí, en primera fila.

MONROVAL.—¿Qué Landouzie? ¿El célebre crítico de *Los Debates*?

D'ARGENTON.—El mismo. He tenido la inspiración de invitarlo, bien seguro de que se apresuraría á rendirme el homenaje de su presencia.

MONROVAL (*A Ida*).—¡Ah, señora, si pudiera usted colocarme á su lado!

IDA.—Veré si lo consigo. Todos los asientos de

primera fila están ocupados. Pero, en fin, veremos si en el segundo acto...

D'ARGENTON.—Yo no me comprometo á ello, porque aguardo de un momento á otro al director de uno de los principales teatros de París y á varios invitados que también se retrasan.

MONROVAL.—No importa. Yo conozco de vista al eminente crítico y ya veré modo de colocarme á su lado.

D'ARGENTON.—Sobre todo ten cuidado y procura no molestarle.

MONROVAL.—¡Oh, al contrario! *(Pasa al otro salón.)*

ESCENA IV

IDA, D'ARGENTON y varios invitados que, á medida que van llegando, van siendo presentados á aquélla por el poeta.

D'ARGENTON *(Con tono severo)*.—¡Cualquiera diría que mi triunfo te entristece! No te he visto sonreír en toda la noche.

IDA *(Sin ocultar su preocupación)*.—Ya sabes que eso no es de ahora. Pronto hará dos meses que no tengo noticias de mi pobre Jack...

D'ARGENTON.—¿Y eliges, precisamente, una noche como esta para sentirte más mujer que amante?...

IDA.—No; madre, madre nada más.

D'ARGENTON.—¿Por ventura tenemos nosotros la culpa de que ese muchacho haya cometido la calaverada de sentar plaza como grumete en el buque de guerra? ¿No comenzaba á ganarse su vida en la fábrica?

IDA.—Sí... sí... pero no sé, no sé... Este lujo que nos rodea, la animación de la sala... tengo ideas negras... ya te digo que no sé... y pienso en Jack, abandonado á Dios por esos mares... enfermo quizá...

D'ARGENTON *(Con rudeza)*.—¡Eres imposible, lo que se llama una mujer imposible! *(Cambiando de tono.)* Pero sonrío... sé amable... viene gente... *(Entran varios invitados. D'Argenton presenta á Ida.)* El señor Dasprés, el gran escultor, mi mujer. *(A Ida.)* Ya conoces su *Fauno*, llorando.

IDA *(Con aire distraído)*.—Ciertamente, he oído hablar mucho de él.

DASPRÉS *(Sabudando)*.—Señora... *(A D'Argenton.)* Me han dicho que Landouzie está en la sala.

D'ARGENTON.—En efecto; ha venido de los primeros.

DASPRÉS.—¡Hola! ¡Es una gran adquisición! ¡El príncipe de la crítica nada menos! *(Hace una reverencia y pasa al salón contiguo.)*

IDA *(Se deja caer con aspecto de desmayo sobre un asiento. D'Argenton se aproxima á ella y la dice con tono colérico.)*

D'ARGENTON.—Pero, vamos á ver, ¿qué cara es esa?

IDA.—No me recrimines por ello. Ya sabes que no es mía la culpa: la presencia del antiguo profesor de mi hijo en esta casa... ¿qué quieres? ha levantado en mí una nube de recuerdos, y pienso, sin querer, en aquel pasado... y en Jack siempre, en mi pobre Jack...

D'ARGENTON.—¡Pero en un día como este! ¡En los momentos en que se juega quizá todo mi porvenir literario... Pero viene gente... ¡Sonríe, vamos! *(Presentando al recién llegado.)* ¡Oh, el señor Schubart, autor de *Los batracios!* Uno de los más intencionados satíricos de la literatura contemporánea.

SCHUBART *(Saludando)*.—Señora... Querido maestro. *(Continúa al salón. Llega Delfina.)*

D'ARGENTON *(Presentándola igualmente)*.—La señora Delfina du Card, conferenciante notable, una figura desprendida del cielo de las Musas. Mi señora.

DELFINA.—Tengo un verdadero honor... Querido maestro...

D'ARGENTON *(Dándola el brazo)*.—Ya sabrá usted que Landouzie es de los nuestros.

DELFINA.—¿Y se muestra satisfecho?

D'ARGENTON.—¡Entusiasmado! *(La acompaña hasta la puerta de la sala y vuelve. Al ver que Ida se ha dejado caer de nuevo en un asiento, la dice muy excitado.)* Pero ¿qué, otra vez? ¿Es que no te das cuenta de la solemnidad de las circunstancias?

IDA.—Hago cuanto puedo por complacerte, créelo; pero ¡ese niño que no escribe desde hace dos meses! ¡Ese barco en que se fué y cuyo paradero se ignora!...

D'ARGENTON.—Esas cosas de mar pasan todos los días. ¡No tener noticias de un barco! ¿Y qué? Además, Hirsch, que ha estado esta mañana en casa del doctor Rivals cumpliendo tu encargo, quizá tenga algo que decirte... No nos hemos acordado de preguntarle... Ya le verás en el primer entreacto... está en la sala. *(Entran los señores de Caldelar.)*

D'ARGENTON *(Presentando)*.—El señor y la señora de Caldelar... *(Ida se pone en pie.)* Miembros del Ateneo. Fabulistas ilustres.

CALDELAR *(A D'Argenton)*.—¡Que sea enhorabuena! Acabo de saber que la representación se verá favorecida con la presencia del Bayardo de la Crítica.

D'ARGENTON *(Aparte, irritado)*.—¿También éste? *(Alto.)* Efectivamente, está en la sala Landouzie.

CALDELAR *(Insinuante)*.—¿Podría solicitar de su amabilidad, querido maestro, el honor de ser presentado á Landouzie? No puedo ocultarle que hemos venido animados con esa ilusión *(Haciéndole una reverencia)*, unida á la de saludar al genio.

D'ARGENTON *(Molesto)*.—Pues lo siento mucho, querido Caldelar, porque lo que es por ahora no puedo moverme de este sitio, que es de honor para mí. Aguardo á algunos invitados que, como ustedes, se retrasan también un poco, pues la representación comenzó ya hace un buen rato.

CALDELAR.—¡Ah! En ese caso, le renuevo á usted mi súplica para la terminación del espectáculo. *(Ojrece el brazo á su señora y entran en el salón inmediato.)*

D'ARGENTON *(Indignado)*.—¡Habrás visto nada semejante! ¡Tener el tupé de decirme en mi propia cara y en una ocasión como esta que vienen sólo por el gran honor de conocer á Landouzie! *(Apercibiéndose á Labassindre y á Hirsch, que entran cogidos del brazo, accionando con viveza.)* ¡Ah! Pero ¿no estaban ustedes en la sala? ¿Cómo es eso?

HIRSCH.—Te diré...

LABASSINDRE.—Hemos salido por la otra puerta para respirar un poco de aire y volver en seguida. Es mucha obra la que están representando esta noche en esa sala.

IDA *(Levantándose y dirigiéndose á Hirsch)*.—¡Ah, doctor, tengo que hablarle! ¿Qué noticias tiene usted de Jack?

D'ARGENTON *(Con tono pedante)*.—Quizá el momento no esté todo lo bien escogido que fuera menester para hablar aquí, y en noche como esta, de cosa que no sea el Arte.

LABASSINDRE *(Que miraba, alzando la cortina, al interior del salón.)* ¿Qué es lo que veo? ¿También ha venido Landouzie? ¿Cómo te las has arreglado para engancharle?

D'ARGENTON *(Furioso ya)*.—Pero ¿qué diablos tenéis todos con Landouzie? ¡No parece sino que es él, y no yo, el héroe de la fiesta! *(Se encara con Labassindre.)* ¿Que qué he hecho para engancharle, como tú dices? Pues, muy sencillo: enviarle el programa del espectáculo con una

simple invitación. (*Y gravemente, añade.*) La crítica se debe hoy por entero á mi *Hija de Fausto*. (*Oyense algunos acordes de la orquesta.* *D'Argenton les empuja hacia el salón.*) Pero, entren ustedes. ¿No ven que está acabando el primer acto?

IDA (*Suplicante, á Hirsch*).—¡Oh, doctor; un momento nada más! (*Entra solo Labassindre en la sala.*)

ESCENA V

Los mismos, menos LABASSINDRE

IDA (*Con volubilidad dolorosa*).—¿Ha estado usted en casa del doctor Rivals? ¿Han recibido, al fin, carta de Jack? ¿Qué dice el hijo de mis entrañas?

HIRSCH.—De allí vengo no hace dos horas.

IDA.—¿Y no trae usted hoy tampoco noticias de mi hijo?

HIRSCH.—¿De Jack? No. (*D'Argenton, á espaldas de Ida, le hace gestos afirmativos.*) ¡Ah! ¿De Jack? ¡Pues claro! Que sigue perfectamente. El doctor lo ha sabido por noticias indirectas.

IDA (*Con explosión de alborozo*).—¡Oh, el peso que me ha quitado usted de encima! ¡Estos falsos presentimientos que me quitaban el gusto para todo! (*A D'Argenton.*) Perdóname, querido mío; ahora sí que pertenezco de nuevo por completo á tu triunfo, á nuestra gloria. (*Oyense aplausos en el salón.*) Pero ¿no oyes? ¿No estás oyendo?

D'ARGENTON (*Con gran emoción*).—¡Al fin! Después de diez años de obscuras luchas, de noches largas, interminables, pasadas en vela, de veneno lento, de esfuerzos homéricos, verse al fin reconocido y como quien dice consagrado! (*Se pasa un pañuelo por la frente.*)

IDA (*Con ternura*).—¡Oh, qué orgullosa me siento de ti, de mi héroe, de mi mártir!

D'ARGENTON (*Abrazándola*).—¡Criatura! (*A Hirsch.*) Perdona...

IDA.—Pero ven á asistir á tu triunfo, ven. (*Hirsch hace señas á D'Argenton para que se quede en escena.*)

D'ARGENTON (*A Ida*).—Yo no puedo. Ya sabes que aguardo al empresario y á algunos invitados rezagados. Y, además, mi triunfo será mas noble si no ejerzo presión con mi presencia en el auditorio. Mi sitio está aquí.

IDA (*Dirigiéndose á la sala*).—Pues yo no puedo más.

D'ARGENTON (*Acompañándola*).—Procura estar todo lo amable que puedas con Landouzie. A ver si logras hacerle que se quede á cenar con nosotros.

IDA (*Enviándole un beso mudo*).—Sí. Adiós, mi poeta. ¡Te adoro! (*Entra en la sala.*)

ESCENA VI

D'ARGENTON, HIRSCH

HIRSCH.—No te lo he dicho antes porque no he querido entenebreceer tu triunfo. Pero luego he reflexionado, y, en fin, mejor será que te lo diga ahora.

D'ARGENTON.—¿De qué se trata?

HIRSCH.—Tengo muy malas noticias que darté.

D'ARGENTON.—¿Que no va á venir el empresario?

HIRSCH.—No; de Jack. El barco en que iba de fogonero ha naufragado.

D'ARGENTON.—¿Naufragado?

HIRSCH.—Ya es oficial la noticia, desde esta tarde.

D'ARGENTON.—¿Y no ha conseguido salvarse ningún tripulante? (*Hirsch hace un signo negativo.*) ¡Qué desgracia!

HIRSCH.—Hace ya dos meses; pero no se ha sabido oficialmente hasta ahora.

D'ARGENTON.—¡Qué horrible muerte! ¡Pobre muchacho!

HIRSCH (*A parte*).—¡Cualquiera diría que está afectado por la noticia! (*Ofreciéndole una copa de vino y sirviéndose él otra.*) Toma, bebe un poco. Esto te reanimará. (*Se oyen aplausos en la sala.*)

D'ARGENTON.—Eso debe ser el final del primer acto. (*Yendo hacia la puerta del fondo.*) Ven, acompáñame á felicitar á los artistas. Sobre todo, ni una palabra á la madre.

HIRSCH.—¡Qué cosas tienes! (*Vanse los dos.*)

ESCENA VII

Un CRIADO, LANDOUZIE, IDA. Landouzie viene de la sala sigilosamente, como queriendo salir inadvertido; el criado entra al mismo tiempo por la puerta del foro.

LANDOUZIE (*Apercibiéndole*).—¿Me hace usted el favor de darme mi abrigo?

CRiado.—Señor, entre tantos, va á ser muy difícil encontrarlo...

IDA (*Que entra, al criado*).—Prepare usted ese servicio. (*A Landouzie.*) Pero supongo que no se irá usted ahora, mi querido maestro.

LANDOUZIE.—Lo siento mucho, señora...

IDA.—Pero eso no es posible, amigo Landouzie... precisamente el segundo acto es el mejor de la obra.

LANDOUZIE.—¡Oh, cuánto lo siento!...

IDA (*Sin poderse contener*).—¿Verdad que mi marido es un hombre de genio, un gran artista?

LANDOUZIE.—Sí, ciertamente; pero...

IDA (*Reteniéndolo*).—No; tiene usted que quedarse á cenar con nosotros... Ya sabe usted... Una comida para los íntimos.

LANDOUZIE.—Crea, usted, señora, que siento en el alma no poder aceptar.

IDA.—Pero eso no puede ser y no puede ser. (*Sirviéndole.*) ¡Vaya! ¡Una copa de champagne, unos *sandwichs*! No me va usted á negar lo que le pido... ¡Ea! ¡Siéntese usted! (*Le obliga á sentarse.*)

He buscado por todas partes á mi marido para decirle que usted será de los nuestros después de la representación. ¡Oh, ya verá usted!... Ya le digo; sólo para los íntimos: usted se sentará á mi lado... Pero ¿verdad que hablará usted de él en el periódico? Un artículo de fondo. ¿Verdad?... ¡Si viera usted lo que ha trabajado el pobre, siempre sobre las cuartillas, hasta el triunfo definitivo de esta noche!... ¿Le gusta á usted el vino de Tokay? Precisamente he hecho traer unas botellas... Pero voy á buscar á mi marido. (*Con aire cariñosamente amenazador.*) ¡Y cuidadito con irse! Yo vendré en seguida, en seguida. Un minuto nada más. (*Sale haciéndole vivas manifestaciones de afecto y sonriéndole con coquetería, mientras Landouzie, con aire resignado, se dispone á acometer una bandeja de pasteles inmediata á su asiento.*)

ESCENA VIII

LANDOUZIE y MONROVAL

MONROVAL (*Que sale de espaldas á la sala, aplaudiendo y gritando, lleno de entusiasmo.*) ¡Bravo, bravísimo, soberbio, genial! (*A Landouzie, que se levanta para irse.*) ¡Qué imbecilidad! ¿Eh?

LANDOUZIE.—¡A quién se lo cuenta usted! ¡En mi vida he visto nada semejante!

MONROVAL.—¡Y qué público!

LANDOUZIE.—Es lo que más me ha llamado la atención esta noche. Á mi alrededor he oído citar en alta voz una porción de nombres de escritores

estupendamente famosos y títulos de obras maestras, de los que yo, á decir verdad, no sabía una sola palabra.

MONROVAL (*Bajando la voz*).—Es que estamos en el mundo de los fracasados. ¿No lo conocía usted quizá? París es el gran imán y concluye por ser el sufragio supremo de esos abortos de la gloria: este salón en que estamos es uno de los Centros oficiales de ese equívoco mundo intelectual. Solamente en sitios como este se puede encontrar la serie completa. ¡Ah, los hay de todas clases! Fracasados activos, fracasados de la reserva, fracasados del arte, de la medicina, de las letras, de las ciencias, del periodismo... Muchas etiquetas de ideas, muchos títulos de obras futuras, y nada... ¡Nada! Pero en cuanto á pretensiones, ¡oh!, todos desconocidos, eso sí, pero todos ilustres, sin embargo.

LANDOUZIE.—¿Pero D'Argenton?...

MONROVAL.—¡Oh! Ese es el rey de los fracasados, porque como tiene dinero, da de comer á los demás. Toda esa gente que acaba usted de ver, pertenece al reino de D'Argenton: son sus súbditos. Por eso me causa asombro verle á usted, con toda su reputación, codeándose con ellos.

LANDOUZIE.—¡Y qué vamos á hacerle! Ha sido una verdadera sorpresa. Un momento de credulidad, que pago caro, como está usted viendo... Ese audaz programa de *La hija de Fausto*, la apremiante súplica de que iba acompañado... Pero ¿y usted? Permítame que también me asombre...

MONROVAL (*Haciendo una reverencia*).—Evaristo Monroval, publicista, verdaderamente satisfecho de haber hallado esta ocasión de darle á conocer mis estudios palingénicos y mis recientes trabajos de etnografía acerca de la raza mongólica.

LANDOUZIE.—¡Diablo! (*Aparte*.) ¡Pues he venido á meterme en la boca del lobo!

MONROVAL (*Sacando del interior de su levita un manuscrito*).—Su opinión de usted, señor Landouzie, es de las que no pueden omitirse. ¿Dónde quiere usted que nos coloquemos para leerle en un periquete estas cuartillas que sirven de prólogo á mi libro y que llevaba casualmente aquí?

LANDOUZIE.—En ninguna parte. Ya comprenderá usted que...

MONROVAL (*Cruzando la escena*).—Sí, sí; en aquel rincón.

LANDOUZIE (*Aparte, aterrado*).—Prefiero perder mi gabán. (*Sale despavorido por el foro*.)

MONROVAL (*Le persigue, implacable*).—¡Pero, señor Landouzie, señor Landouzie!

ESCENA IX

LABASSINDRE, los fracasados. En seguida D'ARGENTON, HIRSCH, MONROVAL y un CRIADO. Los fracasados entran en distintos grupos entusiasmados, haciendo grandes gestos y se dirigen hacia las mesas donde está servido el *buffet*.

SCHUBART.—¡Admirable, magnífico!

DASPRÉS.—¡Prodigioso!

LABASSINDRE.—¡Aplastante! ¡Soberbio!

(*Beben y comen á dos carrillos*.)

D'ARGENTON (*Entra, seguido de Hirsch, y pregunta á los invitados*).—Conque, señores, ¿qué les parece mi obra?

TODOS (*A coro*).—¡Estupenda!! ¡¡Colossal!!

D'ARGENTON.—Es lo mejor de mi alma y lo entrego á la voracidad de la muchedumbre...

SCHUBART.—¡El romanticismo ha muerto esta noche!

DASPRÉS.—¡Y el naturalismo también!

SCHUBART.—¡Es una obra griega!

LABASSINDRE (*Estrechando la mano de D'Argenton*).—¡Me has dejado anonadado!

D'ARGENTON (*Mirando en todas direcciones*).—

¿Y Landouzie? Pero ¿dónde se ha metido Landouzie?

MONROVAL (*Entrando por el fondo*).—¡Se ha ido, despidiéndose á la inglesa! Ha visto, sin duda, en usted lo que todos ellos: el rival formidable de mañana.

D'ARGENTON.—Es que mi arte los desconcierta.

MONROVAL (*A Schubart*).—Me ha confesado que no ha entendido una palabra.

SCHUBART (*Con el mayor desdén*).—Todos ellos son iguales.

D'ARGENTON.—¡Oh! Ya sé yo por qué se ha ido sin despedirse siquiera y sin aguardar la conclusión de la obra. Es que una vez le hice una frase cruel: le dije... (*Se oye el preludio de la orquesta*.)

IDA (*Entrando visivamente*).—¡Señores, señores: va á comenzar el segundo acto! (*Todos se precipitan á la sala, masticando todavía*.)

LABASSINDRE.—¿Ha sonado ya el timbre, señora?

IDA (*Empujándole*).—Dése usted prisa si no quiere perder el principio.

HIRSCH (*Corriendo, en tono burlón*).—¡Diablo!

IDA (*Mira al genial autor con ternura y le dice*).—¿Me olvidarás en tu triunfo?

D'ARGENTON (*Paternal*).—¡Qué niña eres!

CRÍADO (*Por la puerta del fondo*).—Señorito... Un... Una persona que desea hablar con usted.

D'ARGENTON.—Sí, ya sé, ya sé... Debe ser el empresario. Que pase.

CRÍADO (*Vacitante*).—Pero ¿aquí, señor? Es que esa persona...

D'ARGENTON (*Sin hacerle caso*).—Dile que entre. (*A Ida*.) Anda, prepárale un buen sitio, un asiento en primera fila.

IDA.—Voy corriendo... Pero muéstrate exigente con él. ¿Eh? (*Entra en el salón*.)

ESCENA X

D'ARGENTON, luego JACK é HIRSCH

D'ARGENTON.—Ese hombre ha querido darse importancia conmigo. ¡Ya se arrepentirá! (*Va hacia uno de los espejos que adornan el salón, y se alisa, con fatuidad, el pelo de su melena*.)

(*Jack aparece por la puerta que se supone comunica con el exterior. Es un joven, casi un niño, de aspecto miserable, rostro muy pálido y curtido, harapiento y triste, con esa expresión agresiva de los que han sufrido largo tiempo, en el cuerpo y en el alma, los rigores de la lucha por la existencia, en su forma más cruda, más epidérmica. Produce, el misero, duelo y conmiseración; por ningún concepto, repugnancia. Su presencia en tan fastuoso salón, y ante el atildado poeta, hace un contraste vivísimo y emocionante.*)
(*D'Argenton le ve por el espejo y exclama estupefacto*.)

D'ARGENTON.—Pero ¿qué es esto? (*Volviéndose*.) ¿Eres tú, Jack? (*Va hacia él con las manos tendidas*.) ¡Qué felicísima sorpresa!

JACK (*Sin estrechar la mano de D'Argenton, dice con voz bronca é imperativa*).—¡Mi madre!

D'ARGENTON.—¿Tu madre? Sí, sí; se la avisará en seguida... está ocupadísima. Tenemos lo más escogido de París en el salón. ¿Sabes? Es el estreno de mi *Hija de Fausto*.

JACK.—¡Yo quiero ver á mi madre inmediatamente!

D'ARGENTON.—¿Y quién te dice lo contrario? Nadie piensa impedirte.

JACK (*Con tono amenazador*).—Ni yo se lo aconsejaría á nadie tampoco. Vengo de muy lejos sólo para verla. ¡Y la quiero ver! (*Se dirige á la derecha y D'Argenton le cierra el paso*.) ¿Dónde está?

D'ARGENTON.—Pero ¡desgraciado! ¡Mira lo que

haces... en el estado en que estás, y además bebido!

JACK.—¿Bebido? ¡Bueno! ¡Y borracho! ¿Y qué? ¿Acaso los fogoneros no beben; no están siempre borrachos?... Además, eso no es verdad. Yo no he bebido. No estoy fuerte todavía porque salgo del hospital... Por eso... No me querían dejar salir... Pero era preciso que viera á mi madre... Ya no podía más... ¡No podía más!

D'ARGENTON (*Tratando de calmarlo*).—Escucha, Jack, escúchame tranquilo. Ya sé el cariño que le tienes á tu madre, pero tu presencia aquí, en estos momentos, puede hacerle mucho daño.

JACK.—¿Daño? ¿Que yo puedo hacerla daño?... Vamos, me parece á mí que es usted el que no está en su cabal juicio.

(*Hirsch, que entra en la sala, sin reparar en Jack.*)

HIRSCH.—Oye, la butaca del empresario espera.

D'ARGENTON (*Llevándose aparte á Hirsch y hablándole en voz baja*).—¡Cállate; es Jack!

HIRSCH (*Igualmente á D'Argenton*).—¿Es posible?

D'ARGENTON.—Necesito que me libres de él. Llévatelo de aquí á todo trance... ¡Como sea!

JACK (*Con desconfianza*).—¿Qué estarán tramando estos dos contra mí?

HIRSCH (*A D'Argenton*).—Comprendido. (*Encarándose con Jack.*) ¡Hola, querido! ¿Todavía pertenecemos á este mundo, eh?

JACK (*Con rudeza*).—No lo conozco á usted.

D'ARGENTON (*Interviniendo*).—Ya lo creo que le conoces, pero es que no te acuerdas ya. El doctor Hirsch es uno de nuestros mejores amigos... Mira, Jack, yo sé que eres un muchacho muy razonable, y, sobre todo, un buen hijo. Tú, seguramente, querrás evitarle disgustos á tu madre. Esta noche no debes presentarte á ella, ya lo comprenderás; tengo que prepararla. Además, con ese traje...

JACK (*Sombrio*).—¡No tengo otro!

D'ARGENTON.—...Mientras que mañana, en cambio, podréis pasar juntos todo el día.

HIRSCH.—Claro; eso es lo mejor.

JACK (*Brutalmente*).—¡No! ¡Yo no quiero salir de aquí para nada! (*Con desconfianza.*) Se han hablado ustedes los dos en secreto y quieren engañarme.

D'ARGENTON.—¿Cómo, engañarte?

JACK.—Sí, sí; lo que ustedes quieren es que yo no vea esta noche á mi madre. Pero... (*Con energía*) ni usted ni veinte hombres como el doctor (*Señalando á Hirsch*) son capaces de impedirme que la vea ahora mismo. ¡Ni ustedes ni nadie! ¡Quiero besarla! ¡Quiero abrazarla! (*Empujando á D'Argenton.*) ¡Ea, basta ya! (*Aparece Ida.*)



ESCENA XI

DICHOS é IDA. (Sensación. IDA. al ver á su hijo, permanece un instante muda, inmóvil y ocultándose la cara con las manos.)

IDA.—¡Jack! ¡Oh!

JACK (Con la cabeza inclinada sobre el pecho, como avergonzado de sí mismo).—¡Mamá!... Es que le da vergüenza de mí, ¿verdad? (Se deja caer desplomado en un sillón.)

IDA.—¿Vergüenza de tí? ¡Tú! (Se arroja sobre él con la mayor emoción.) ¡Hijo de mis entrañas! ¿Cómo puedes imaginarte semejante infamia? ¡Vergüenza de mi hijo, de mi Jack, de lo que más quiero yo en el mundo! (La madre y el hijo se confunden en un furioso abrazo.)

(Jack apenas tiene fuerza para exclamar, casi ahogado.) ¡Dios mío, Dios mío, esta es demasiada felicidad!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La guardilla de Jack. Su nota es la limpieza: una limpieza brillante de luz, de paz, de laboriosidad.

Una ventana al fondo sirve de marco á un trozo de cielo azul que cubre los tejados pizarrosos de París. Empaña su transparencia alguno de esos vapores que parecen posarse sobre las grandes urbes con un gesto de amenaza.

Muebles de pino, pobres, pero cuidados con esmero. Sobre una mesa como las de cocina, y sobre una consola vieja que hay adosada al encajado muro, se ven libros, cuadernos y papeles de trabajo.

ESCENA PRIMERA

CATALINA. luego el doctor RIVALS. Ambos gozan de un venerable y simpático aspecto. La primera, es la criada de Jack. Al comenzar la escena aparece sentada, moliendo café en un molinillo que oprime contra su falda.

CATALINA.—Siento pasos en el corredor. ¿Será ya el señorito? (Se levanta, deja el molinillo sobre la cómoda, y abre la puerta. Al conocer al recién llegado, lanza una exclamación de alegría.) ¡Toma, si es el doctor! ¡Bendito sea Dios! Entre usted, señor Rivals.

RIVALS.—Buenos días, Catalina. Nada; que me han llamado precipitadamente de París para una consulta, y aunque tengo los minutos contados, he querido aprovecharme de esa coincidencia para visitar la nueva instalación de mi amigo Jack. (Paseando la vista por la estancia.) ¡Bravo, Catalina! El orden y la limpieza de este cuarto le hacen á usted honor. Harto se ve que no es esta una casa de holgazanes.

CATALINA.—¡Ah, ya puede usted decirlo, señor Rivals! Apenas llega el señorito del trabajo coge los libros. Ni para comer descansa: siempre está con un libro ante los ojos. ¿Cree usted que eso es razonable, señor Rivals, después de estar como ha estado del pecho, y como quien dice á las puertas de la muerte?

RIVALS.—¡Pobre Jack! No era muy tranquilizadora su cara, en efecto, cuando vino á vernos al campo, según su costumbre, el domingo último. A mi hija llegó á inquietarle mucho su aspecto, y esa es también una de las razones que me han inducido á venir á verle. ¿Sigue tosiendo mucho? ¿Le oye usted quejarse alguna vez?

CATALINA.—Nunca; ni por casualidad. Ya sabe usted que yo me levanto al ser de día para dedicarme á mi faena de repartir el pan por las ca-

sas... Bueno, pues ya está ahí el señorito Jack, ante esa mesa, con el quinqué encendido, erre que erre, trabajando como un negro... «No se incomode usted conmigo ni me regañe, mamá Catalina, porque me haya levantado tan temprano—me dice siempre el pobrecito—; ya descansaré cuando la señorita Cecilia sea mi esposa.» Y no hay quien pueda vencerle ni á tres tirones de que tanto trabajar perjudica á su salud. ¡Ah, su hija de usted será feliz con el señorito Jack! (Reprimiéndose.) ¡Ea, bueno! ¡Si él me oyera llamarle así!... Porque no quiere... Y yo no puedo acostumbrarme á llamarle sólo Jack. (Algo emocionada.) ¡Eso prueba bien que no soy su verdadera madre!

RIVALS.—Sí, sí lo es usted... Usted sola... Jámás ha tenido Jack otra madre más que usted en el mundo...

CATALINA.—Señor Rivals, quizá no quiera usted creerlo; pero hay momentos en que me siento así... como celosa. No sé cómo decirlo... Pero la verdad es que vivimos aquí los dos tan bien, con tanto cariño. Mire usted: como yo estoy siempre pensando en la manera de complacerlo, ayer le compré estos dos floreros (Los coge de la cómoda y se los enseña.), que todavía están sin flores, porque no he querido comprarlas hasta que el señorito vuelva de su viaje, no sea que se marchiten.

RIVALS (Sorprendido).—¡Ah! ¿Pero está fuera?

CATALINA.—¡Ah! ¡Tanto charla que charla, y se me ha olvidado decirle á usted lo principal! Pues sí, el señorito está en Lyon, desde hace tres días; pero vendrá en el tren de esta mañana. Su mamá le puso un telegrama diciéndole que fuera por ella en seguida, en seguida. Parece que ha concluido ya definitivamente con ese demonio de hombre... Desde la llegada del señorito era un infierno otra vez aquella casa.

RIVALS.—Quizá por eso estaba tan pálido el domingo pasado cuando fué á verme. ¡Sufre tanto al verse separado de su madre! (Consultando el reloj.) ¡Diablo! No puedo esperarle más tiempo. Mis deberes me llaman en otra parte... Pero si no mejora, si continúa tosiendo como estos días, me avisa usted en seguida, que ya buscaré el medio de llevarmelo una temporada al campo con nosotros.

CATALINA.—¡Y qué bien le sentaría! ¿Le digo que ha estado usted á verlo?

RIVALS.—No, ¿para qué? Pero no deje usted de avisarme si nota la más ligera agravación en su estado. ¡Ea, no puedo detenerme más!... ¡Hasta la vista, Catalina!

CATALINA (Acompañándole hasta la puerta).—Esa mujer es su tormento. Y eso que ya sabe usted lo reservado que es el señorito Jack con todo lo que á su mamá se refiere; pero... ¡Hasta la vista, señor Rivals! (Se va el doctor Rivals.)

ESCENA II

CATALINA, sola. Vuelve á coger la maquinilla del café y sigue moliendo con intermitencias. A veces se detiene y piensa más que dice.

¡Con tal de que no se la traiga consigo!... Pero no, eso no es posible...; tendría miedo de mancharse la cola de sus vestidos. Además, no podría vivir aquí mucho tiempo... Pero como al fin y al cabo es su madre, si viniera á decirme: «Ya lo ha tenido usted consigo bastante tiempo, Catalina; ahora me toca á mí...», yo no tendría más remedio que aguantarme. Ella, después de todo, cumpliría con su deber... ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Yo que tanto he deseado tener un hijo!... ¡Morirme sin conseguirlo!... ¡Eso es como vivir con una espina siempre clavada en el corazón!...

ESCENA III

CATALINA, JACK que entra precipitadamente en el cuarto. Viste como un artesano limpio y cuidadoso. Luego IDA, con elegante guardapolvo de viaje, sombrero claro con flores, velo y guantes. Traen varios bullos de viaje.

JACK.—¡Pronto, en seguida; déjelo usted todo, Catalina! ¡Algo caliente para mamá: te, tía, cualquier cosa! Ha cogido frío en el tren y viene algo indispueta. (*Sale por la puerta del fondo, después de haber depositado unas mantas sobre la cómoda.*)

CATALINA (*Aparte*).—¡Ay, Dios mío! ¡Lo que me temía! (*En voz alta y como atolondrada.*) En seguida, señorito; voy en seguida. (*Entra en la habitación de la derecha.*)

IDA (*Que aparece apoyada en Jack, desfallecida*).—¡Por fin! ¡Oh, qué piso tan alto! Creí que no acabaríamos de subir nunca. (*Pausa.*) ¡Cuántas emociones! (*Jack acomoda provisionalmente los bullos de viaje sobre la cómoda, la mesa, las sillas.*) ¡Qué horrible viaje, me ha dejado rendida!

JACK (*Haciéndola sentarse, la envuelve las piernas en una manta, y arrodillándose ante ella, la coloca una banquetita bajo los pies*).—Pon aquí los pies, mamá mía... ¡Si supieras lo contento que estoy por tenerte á mi lado!

IDA (*Mimosamente*).—¡Querido Jack!

JACK.—Algo faltaba á la dignidad de mi vida, y ese algo tú me lo traes al venir aquí.

CATALINA (*Que entra con una taza humeante en la mano*).—Tome usted esta taza de café que tenía preparada para el señorito Jack. Ahora haré otra en seguida; precisamente acabo de molerlo nuevo...

IDA (*Afectuosa*).—¡Ah! ¿Es usted, Catalina? Gracias, muchas gracias.

CATALINA.—Yo sí que se las doy á usted por haber venido con él. ¡Lo que la echaba á usted de menos! Sin su mamá, no hubiera podido estar aquí mucho tiempo.

JACK (*Estrechando la mano de Catalina, con emoción*).—¡Mi querida Catalina!

IDA.—¡Qué café tan exquisito! ¿Cómo lo hace usted, Catalina? ¡Ah! Pero ya sé, ya sé por qué me gusta tanto; porque es el café de mi Jack. (*Este la hace una caricia y deja la taza sobre la consola.*) ¿Eh, mi buena Catalina? ¿Quién me hubiera dicho que me iba á pasar esto? Usted se acordará de cómo me portaba yo con ese hombre. ¿Cree usted que era posible haber encontrado mujer más abnegada, más cariñosa que yo? ¡Para acabar así, tan miserablemente! (*Oprimiéndose las sienes con las manos.*) ¡Oh, lo que yo he sufrido durante los ensayos de esa desdichada obra!

JACK.—Vamos, mamá; no te ocupes más de ese hombre.

IDA (*Poniéndose en pie*).—Sí, sí; déjame hablar: eso me calma. (*Estrechando amistosamente la mano de Catalina.*) Figúrese usted que en el reparto de su obra había dado el principal papel, el de la «hija de Fausto», á una mujerzuela despreciable, así de alta, sin educación; hasta fea!, y que con el pretexto de los ensayos... ¡los ensayos que han durado seis meses mortales!, el infiel no se separaba un momento de esa cualquier cosa, que á la postre ha sido la que ha echado al foso la obra.

CATALINA (*Con extrañeza*).—¿Adónde dice usted?...

IDA (*Sin responder*).—¡Un verdadero desastre! ¿Como que no pudo concluir siquiera la representación! Y como yo me permitiera decirle que esa criatura era la causante de todo, el tal señor, presa de una cólera terrible, se atrevió á levantarme la mano.

JACK (*Suplicante*).—¡Mamá!

IDA (*A Catalina*).—No lo creería usted si yo no se lo dijese, ¿verdad?

CATALINA.—Yo la diré á usted...

IDA.—... ¡Un miserable por quien yo lo he sacrificado todo!...

JACK.—¡Mamá!

IDA.—¡Es un monstruo! Te digo que es un monstruo. Sí, sí; estoy decidida á contártelo todo. Nos tuvimos que ausentar. Se burlaban de nosotros. Me prohibía verte y hasta escribirte; está celoso de ti. Te odia, porque tú no le rindes vasallaje; porque él no consiente sino esclavos alrededor suyo... Sí, sí; quiero que lo conozcas hasta el final para que lo juzgues como se merece. El, y nadie más que él, es el causante de tu desgracia.

CATALINA (*Interviniendo*).—Vamos, señora; no piense usted más en eso... Ya todo acabó... Ahora que está usted, al fin, con su hijo... ¡Basta ya de penas!

IDA.—¡El monstruo!...

CATALINA.—Pero, señora D'Argenton...

IDA (*Furiosa*).—No me llame usted así! ¡No quiero oír ese nombre execrable! Llámeme usted Ida á secas ó Ida de Barancy, que es mi verdadero nombre. ¡Yo no tengo ya nada de común con ese miserable! Cuando me separé de él—¡oh! ¡para siempre!, ya lo creo—le dije estas palabras: «Lo que le deseo es que se encuentre muchas mujeres como yo en su serrallo de actrices». ¡Le dejé humilladísimo con mi ironía! En seguida corrí como una loca al telégrafo, te puse un despacho (á Jack) para que fueras á recogerme y te aseguro que al entrar aquí, en tu casita, tan pobre, ¿verdad?, tan triste, con sus paredes desnudas y todo, ¡me pareció el Paraíso! ¡Qué existencia más tranquila y más agradable vamos á llevar! ¿No es verdad, mi pobre Jack? Porque yo tengo contigo una deuda atrasada de caricias y ternuras que quiero pagarte hasta la saciedad. Quiero ser tu servidora, tu esclava. ¡Oh! Ya verás cómo aquí, donde me ves, soy una buena ama de casa; verás cómo sé hacerle platos delicados. Todo esto va á transformarse rápidamente. Hay que hacer encantador todo lo que nos rodea. Yo soy muy habilidosa, aunque tú no lo creas. (*Mirándose en un pequeño espejo.*) ¿Ves este sombrero? ¿Verdad que es precioso? Pues cuando lo compré era un verdadero adefesio: cuanto más lo miraba, más feo me parecía. Un día ya no me pude contener y le dí un puñetazo en el casco. Y ya ves lo que resultó: una preciosidad. ¿Eh?... (*Revolviendo los papeles que hay sobre la mesa.*) ¡Cuántos libros! Pero, dime, ¿qué diablos haces tú con tantos librotos?

JACK.—Son mis libros de estudio, mamá.

IDA.—¡Ah! Sí, ahora recuerdo que me dijiste en el tren que estabas estudiando no sé qué. (*Deteniéndose ante la cómoda y reparando en los jarrones de Catalina.*) ¡Qué horror! ¿Dónde has adquirido este par de fealdades?

JACK.—¡Oh! ¡Pobre Catalina! Es verdad; no había reparado en ellos todavía. ¡Gracias, gracias por tan delicado obsequio!

IDA.—¡Ah! ¿Es usted quien los ha comprado? Entonces la cosa tiene disculpa.

CATALINA.—Están sin flores todavía porque no quise comprarlas hasta que usted viniese, no fuera que se marchitaran esperando.

IDA.—No se preocupe usted de eso ya. Todos los detalles que aquí faltan son de mi exclusiva competencia. Yo traeré las flores ahora, de vuelta de la compra; porque, sí, estoy dispuesta á hacer todas las mañanas la compra como una mujercita de su casa. (*A Jack, con alegría.*) Ya verás, hijo mío, qué platos voy á prepararte.

Soy una gran cocinera ahora. ¡Como él era tan delicado y tan artista hasta para la mesa!...

JACK.—Dime, mamá, ¿y si dejáramos a Catalina ocuparse de esas cosas?

IDA.—No; de ningún modo: yo quiero ocuparme de todo, absolutamente de todo... Es mi deber.

CATALINA.—Tiene razón la señora. Para eso es la mamá.

IDA.—Ya verás, ya verás cómo sé dirigir una casa. ¡Ah! Es que tú no me conoces. Y, á propósito, porque yo soy esclava de la exactitud, ¿cuáles son tus horas? ¿A qué hora es el almuerzo?

JACK.—Pues á las doce, que es cuando yo salgo de mi trabajo. La fábrica está ahí al lado... Pero hoy comemos cuando tú quieras. Yo voy á dar una vuelta al taller para que sepa el patrón que estoy de regreso.

IDA.—Bueno, saldremos juntos. ¿No hay cerca de aquí un mercado?

CATALINA.—Toda esta calle es mercado, señora.

IDA.—¡Uf, qué asco! Pero yo no quiero eso. Todo lo que venden por aquí son porquerías, y como aún tenemos tiempo... Pero, ¿cómo voy á ir así?... Estoy demasiado elegante... Aguarda un poco, Jack: vas á ver lo que tardo en transformarme convenientemente. ¿Dónde está mi cuarto?

CATALINA (*Con dolorosa resolución*).—Aquí, señora. Este. (*Abriendo la puerta de la derecha*.) Hasta ahora fué el mío. (*Ida entra con su equipaje precipitadamente*.) No es muy elegante, como usted verá... pero, en fin... aseado y en orden...

ESCENA IV

JACK y CATALINA

JACK (*Todo alborozado, abrazándola*).—¡Ah, mi querida Catalina! ¡Qué contento estoy!... ¡Por fin, la tengo! ¡Lo que me ha hecho sufrir vivir siempre separado de ella! ¡Pero, por fin, la tengo, y ahora sí que es para siempre! ¡Y digna de que Cecilia la pueda llamar madre también cuando llegue la hora!

CATALINA (*Emocionadísima*).—Cierto que es una gran felicidad el que haya vuelto la señora... Una gran felicidad... para usted... para ella... mientras que yo... (*Dominándose*.) Pero, en fin,

mientras me quedo aquí un momento sola, recogeré mis trapos, mis bártulos...

JACK.—¿Cómo?

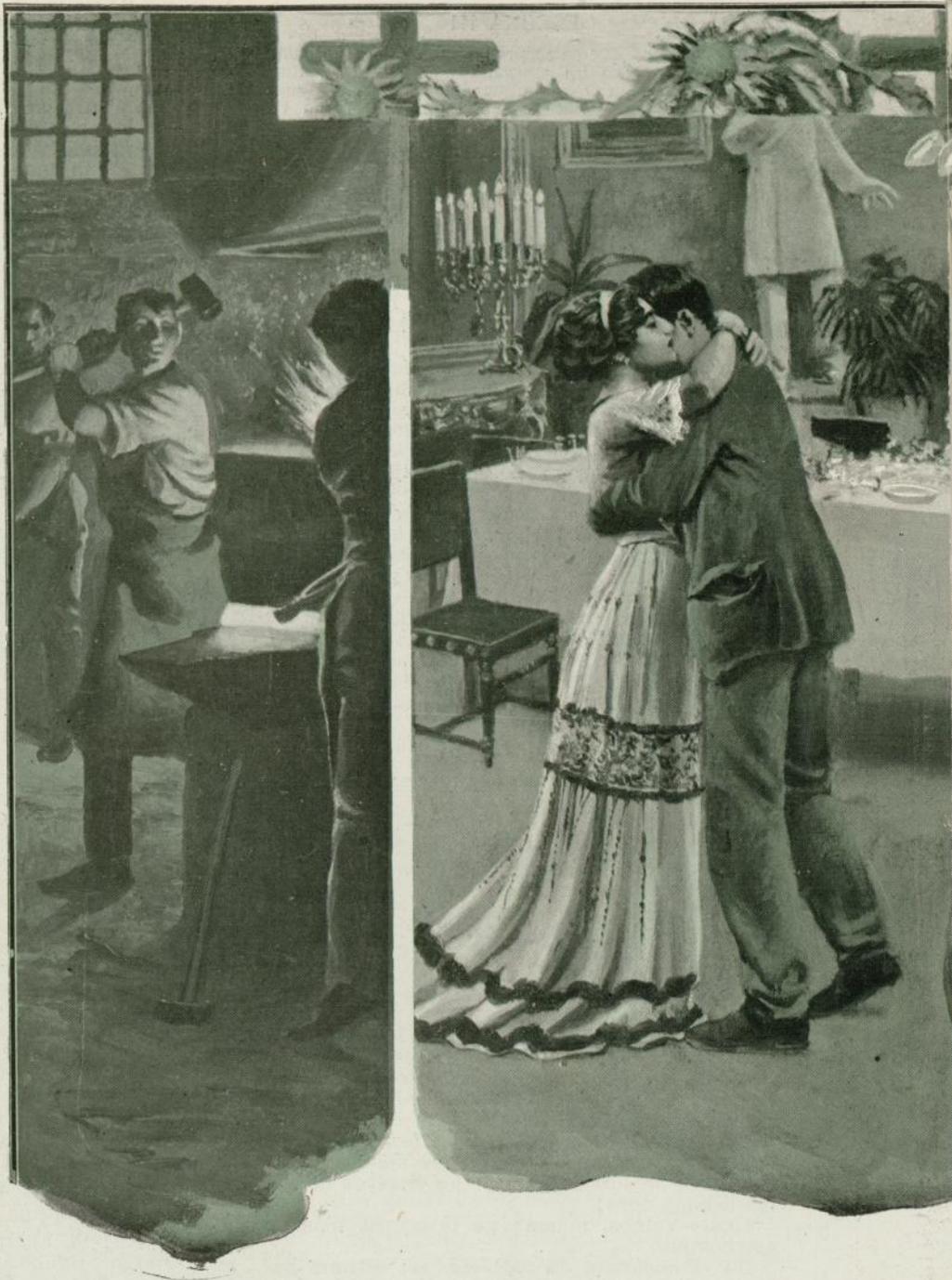
CATALINA.—¡Claro! ¡Qué hacer si no! Aquí no hay sitio para tres. Además, ya la ha oído usted. Ella quiere ocuparse en lo sucesivo de todo... ella sola.

JACK.—Bien, bien; pero es por un día: por hoy solo. Después...

CATALINA.—Sí; pero, mientras tanto, yo voy á buscar un cuartito que no esté lejos de aquí. Y si alguna vez tuviera necesidad de mí el señorito... ó la señora...

JACK.—¡El señorito!... Pero, ¿no habíamos quedado en que yo sería una especie de hijo adoptivo suyo?

CATALINA (*Sollozando al fin*).—Sí, sí; pero no





Jack las orejas y las muñecas. Después hace sonar la cestilla.: Las llevo aquí, ¿sabes?, para hacer dinero con ellas y corregir un poco algunos detalles de la casa, que está muy poco confortable. Ya ves: una cosa en que ni tú ni Catalina habéis pensado para nada... ¡El confort! ¡Sin confort no se puede vivir!

JACK (Abriendo uno de los cajones de la cómoda y enseñándole el interior á su madre).— No hace falta que te desprendas de tus alhajas, mamá; tenemos dinero. Yo tenía hechas mis economías.

IDA.—¡Ah! ¿Tenemos dinero? ¡Pues mejor que mejor! Precisamente yo he hecho la tontería de salir de aquella casa sin coger un céntimo... ¡Una delicadeza que ese caballero no sabrá seguramente apreciar en todo lo que vale!

CATALINA.—Su trabajo le ha costado hacer esas economías; como usted comprenderá... á fuerza de orden y de sacrificios.

IDA (Cogiendo el dinero que le da su hijo).—Pero, ¿qué me va usted á contar á mí? ¡Ah! Sin economías y sin sacrificios no es posible... Pero ya verá usted, ya verán ustedes... Ahora, en marcha. (Cogiéndose del brazo de Jack.) ¿No es lindísima esta escena? ¿No es verdad que parecemos una de esas parejas de enamorados que los dominos se ven por los paseos solitarios, muy cogiditas del brazo, por ahí, las afueras?... Hasta luego, Catalina. ¡Ah! Por mí no se dé

prisa ninguna en mudarse; ya nos arreglaremos hasta que encuentre usted un cuarto que la convenga. (Salen por la puerta del fondo.) Adiós.

ESCENA VI

CATALINA

(Viéndoles alejarse con infinita tristeza.) ¡Lo que acabo de perder no lo recuperaré jamás!... Pero, ¡qué remedio!... Lo que tiene que ser, es, y es inútil darlo vueltas. (Cae en una silla sollozando con el mayor desconsuelo.) (Pausa.) (De pronto le parece oír ruido en el pasillo y se incorpora sobresaltada.) ¿Eh? ¿Quién anda ahí? (Se limpia precipitadamente las lágrimas y se

haga usted caso de mi modo de hablar. Es que yo no sé fijamente en estos momentos lo que me pasa... Estoy como aturdida... ¡Estaba ya tan hecha á la idea de que había de cuidarle y servirle siempre como una segunda madre!... Y luego así, de pronto...

JACK.—Todo se arreglará, mi querida Catalina. Hay que dar tiempo al tiempo. Dentro de dos ó tres años, la señorita Cecilia será mi esposa, y entonces, todos juntos...

ESCENA V

DICHOS é IDA, con traje sencillo de mañana, sin sombrero y con una cestilla al brazo

IDA.—¿Estoy bien? Parezco una obrerita, ¿verdad? Sin una sola alhaja: mira. (Enseñando á

dirige á la puerta en el preciso instante en que ésta se abre y entra el doctor Hirsch.)

ESCENA VII

CATALINA é HIRSCH que se detiene en la puerta para lanzar una mirada escudriñadora por la estancia. Después una FLORISTA.

CATALINA.—¿Pero es usted? ¿Estoy soñando? ¡Yo creí que se había usted muerto ya!... ¿Qué viene usted á buscar en esta casa?

HIRSCH.—Vengo á ver á mi amigo Jack.

CATALINA (*Asombrada, pero en guardia, y con cierta ironía*).—¿Su amigo Jack? ¡Si no tuviera más amigos el señorito que usted!... Además (*Recalcando*), su amigo de usted no está en casa, y apostaría cualquier cosa á que usted lo sabía antes de subir.

HIRSCH (*Sin hacer caso*).—¿Podría, por lo menos, presentar mis respetos á la señora D'Argenton?

CATALINA.—Aquí no hay nadie que se llame de ese modo; por lo visto, se ha equivocado usted de puerta. Además, yo no tengo tiempo que perder; conque, déjeme usted tranquila, que ya sé á qué viene usted por aquí: á brujulear y á cler... (*Hirsch hace un gesto negativo*). Sí, sí; usted es de la cáfila de ese señor.

HIRSCH (*Protestando*).—Yo la aseguro que...

CATALINA.—Sí, sí, de su pandilla. ¿Para qué mentir? Pues bueno: dígame usted á esa persona que le envía, que sí, que es verdad; que esa señora ha venido aquí, á vivir con su hijo. Y puede usted decirle, además (*con tono ya francamente amenazador*), que ni él, ni usted, ni veinte tunantes más como ustedes dos, serían capaces de arrancarla de esta casa.

HIRSCH.—¡Como si á usted no le viniese de perlas que esa señora volviese al nido abandonado! ¡Como si yo no la hubiese visto á usted llorar, hace un momento, por el ojo de la cerradura! ¡Pobre mujer!... ¡Vaya; déle usted esta carta (*sacando una del bolsillo*) sin que su hijo se aperciba de ello, y ya verá usted el tiempo que tarda esa señora en recoger su equipaje y dejarles á ustedes tan tranquilos como antes!

CATALINA (*Indignada*).—¡Habrás visto! Pero, ¿por quién me ha tomado usted? Usted me cree capaz de semejantes papeles?

HIRSCH.—¡Y yo que lo hacía por el bien de usted!

CATALINA.—¡Embustero! ¿Es que va usted á pretender convencerme de que tiene algo en el corazón? (*Cambiando de tono y cogiendo, furiosa, una silla*). ¡Ea! ¡Largo de aquí pronto, ó no respondo!...

HIRSCH (*Asustado, huye por la puerta del fondo*).—¡Ya me las pagarán ustedes todas juntas! ¡Sale!

(*Entra una florista con un gran cesto lleno de flores y de plantas.*)

CATALINA.—¡Habrás visto!... (*Al ver á la florista*). Pero, ¿qué es esto? Usted se equivoca, sin duda, de cuarto.

FLORISTA.—Pues la portera me había dicho... ¿No vive aquí el señor Jack? Vengo de parte de una señorita...

CATALINA.—¡Ah, sí, ya caigo! Póngalo usted ahí, en cualquier sitio; pero, ¿dónde, Dios mío, vamos á colocar todo eso? (*Con tristeza*). ¡No será seguramente en mis pobres floreros!... (*Con ironía*). ¿Se irá á establecer como florista la señora? (*A la mujer, que se va*). ¿Está todo pagado?

FLORISTA.—¡Ya lo creo! ¡Como que en mi vida he visto parroquiana más rumbosa! ¡Hasta la propina la ha pagado por anticipado!

CATALINA.—Bueno; pues, hasta la vista. (*Vase*

la florista.) He debido coger la carta de que me hablaba ese hombre y quemarla en el fogón. ¡Qué torpe he estado! Porque si llega á ver la letra siquiera de ese seductor... ¡Hubiera sido más seguro!

ESCENA VIII

CATALINA é IDA, que llega seguida de un dependiente con dos cestos enormes llenos de botellas y comestibles.

IDA (*A Catalina*).—Ayude usted al muchacho. Pero, ¡qué horrible escalera la de esta casa y qué olor á gentuza en todos los cuartos! (*Al dependiente*). Aguarde usted un momento... (*Busca en su portamonedas*). ¡Ah! Es verdad que no me queda nada. Pero, ¿cómo es posible?... (*A Catalina*). Déle usted una propina al muchacho... Una buena propina. ¡Pobre! ¡Tanta escalera! ¡Subir hasta un sexto piso! (*Se va el dependiente*). Y ahora, á arreglar mis flores. Ponga usted agua en los floreros. Las demás las colocaremos en cualquier parte. A ver si consigo con ellas disipar un poco el olor á obrero que infesta todos los rincones de esta casa! Mire usted, Catalina: no hace aún una hora que he llegado y ya tiene esto otro aspecto.

CATALINA (*Mirando á Ida, impresionada por estas palabras y mostrándole una brazada de flores*).—¿Y estas? ¿Dónde las ponemos?

IDA.—Déjelas usted ahí. Ya he mandado traer dos jardineras. Ahora á preparar la comida. ¿Dónde está la mesa?

CATALINA (*Señalando la que está cargada de libros*).—Esa es.

IDA.—¿Cómo? ¿No tiene más que una mesa mi pobre Jack? ¡Pero si es horrible pensar en las cosas que faltan aquí! ¡Ya era hora de que yo viniera! Estaba haciendo mucha falta. (*Se pone á coger los libros y todo lo que hay sobre la mesa y lo tira al suelo. A Catalina, que se dispone á recogerlo todo con cuidado*). Pero, ¿qué hace usted ahí?

CATALINA (*Con gran respeto y aflicción*).—¡Son sus libros!

IDA.—¡Vaya, vaya; no estamos aquí para perder el tiempo! ¡Venga una manita!

CATALINA.—¿Una manita? ¿Para qué?

IDA.—¿Para qué va á ser? ¡Para ponerla debajo del mantel!

CATALINA.—¡Ay, señorita; pero si aquí no lo usamos!...

IDA (*Asombrada*).—¿Es posible?

CATALINA.—¡Bah! El señorito no es exigente, y ya que está usted con él, maldito lo que se le importará comer con mantel ó sin mantel.

IDA.—¿Recuerda usted en casa, ó por mejor decir, en la del señor D'Argenton? ¡Qué lujo siempre en la vajilla y en la ropa de mesa!

CATALINA (*Poniendo los cubiertos en la mesa*).—Ya está bien lejos el señor D'Argenton.

IDA.—¡Oh! No tanto como usted se figura. Si yo quisiera... Con sólo hacer un gesto... (*Con misterio*). ¿A que no sabe usted á quién me acabo de encontrar en la portera? Pues al doctor Hirsch, que me ha dicho que ha venido con D'Argenton persiguiéndome desde Lyon, y me ha dado una carta suya. (*Protestando*). ¡Oh, pero yo no la he querido leer!... ¡Ni la leeré tampoco! Quiero que vea ese caballero si tengo ó no carácter. No quiero ni acordarme de que existe. (*Cambiando de tono y enseñando á Catalina una gran empanada*). Pero, ¿qué me dice usted de esta empanada?

CATALINA.—¡Oh! ¡Que es hermosísima!

IDA.—Pues ahí tiene usted; donde la he comprado, treinta céntimos menos que en cualquier otro sitio; de modo que, sólo en eso, nos en-

contramos con más de un real de economía. No se dirá que soy derrochadora.

CATALINA (*Trajinando*).—¡Ah! Lo que es eso...

IDA.—Es que yo conozco como nadie los sitios en que se vende barato.

CATALINA.—Y ha vuelto usted en un periquete.

IDA.—Es que he tenido la previsión de tomar un coche... Hay que saber hacer bien las cosas. (*Saca la carta y la mira casi con arrobamiento*.) Yo quisiera, sin embargo—por pura curiosidad nada más, puede usted creerme—, saber lo que ese caballero tiene el atrevimiento de escribirme después de lo ocurrido entre nosotros. (*Va á abrirla, pero se contiene*.) ¡No, no; de ningún modo! ¡Eso sería un rasgo de debilidad!

CATALINA.—¡No la lea usted, por Dios, señora; rómpala usted! Su hijo, ¿no vale más que todo en el mundo? El es su bien de usted, su único tesoro, toda su riqueza, y no hay fuerza humana que fuera capaz de arrebatárselo. El la quiere á usted sobre todas las cosas y la querrá toda la vida, mientras que otros... ¡Los hombres!... ¡Los hombres no quieren á las mujeres sino mientras les servimos, mientras somos jóvenes! ¡Después!... ¡Y sobre todo, cuando un hombre llega á levantar la mano á una mujer!... ¡Ah! No sería la hija de mi madre la que se dejaría enternecer, en su caso de usted, por las tonterías y embustes que seguramente hay en ese papel.

IDA (*Interrumpiendo*).—¡Eh, poco á poco, Catalina! El señor D'Argenton es un gran poeta, y, por lo tanto, no es capaz de escribir tonterías, como usted supone, sin duda porque no sabe lo que se dice.

CATALINA (*Con fe*).—Un hombre que separa á un hijo de su madre, será todo lo sabio que usted quiera, señora, pero no puede tener grandeza en el corazón.

IDA (*Con energía*).—¡Ea! ¡Basta ya! ¡El hombre... íntimo... el particular... ese... está bien, y ya he dicho que no me importa nada; pero en cuanto al poeta, á su inspiración, á su nota de ternura y de delicadeza... ¡ah!, ¡nadie en el mundo las posee como él! ¡Nadie! ¿Lo entiende usted?

CATALINA (*Irónica*).—Pero eso no se lo he oído decir á nadie más que á usted y á él mismo, en tantos años como les he servido.

IDA (*Dejándose llevar de los impulsos de su curiosidad y abriendo la carta*).—¡Ah! no puedo más, no puedo más! ¡Es imposible luchar más tiempo con mi corazón!

CATALINA (*Desolada*).—¡Oh, qué desgracia más grande, Dios mío!

IDA (*Encantada*).—¡Y en verso! ¡Es una carta en verso!... (*Lee*.)

«La mañana cruel de tu partida,

La mañana en que ¡oh triste! te perdí...»

CATALINA.—Y cuando la pegó á usted, ¿fué también una mañana?

IDA (*Indignada*).—¡Es usted insoportable! ¡Toda culpa es mía por dignarme alternar con cierta clase de gente! (*Sigue leyendo para sí*.)

CATALINA (*Avísando que llega Jack*).—¡El señorito!

IDA (*Guardándose precipitadamente la carta*).—¡Ni una palabra, por Dios, de esto!

ESCENA IX

Dichos y JACK, que llega con el semblante alterado y descompuesto

JACK.—¡Ah, mamá! (*La abraza*.)

IDA.—Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás tan pálido?

JACK.—¡Oh nada, nada! ¡Una idea loca que

se me pasó por la cabeza en la escalera! Temí no encontrarle. Pensé, como en una pesadilla, que quizá te hubieras marchado otra vez...

IDA (*Reconviniéndole*).—¡Oh, Jack; eso no está bien, hijo mío!

JACK.—No lo volveré á pensar; te lo prometo... ¿Sabes? Me ha concedido el amo el permiso que le he pedido.

IDA.—Mejor que mejor. Así podremos pasar más tiempo juntos. Mira. (*Enseñándole la mesa*.)

JACK.—Pero, ¡qué locura! ¿Has comprado ostras?

IDA (*Sentimental*).—¡Son locuras que hago por mi hijo!

JACK (*Alegremente*).—¡Vamos, Catalina; usted, á quien le he oído decir tantas veces que no querría morir sin haber probado unas buenas ostras de Ostende... la ocasión no puede ser más propicia!... Siéntese usted con nosotros.

IDA (*Escandalizada*).—¿Cómo? ¿Aquí?

CATALINA (*Con tristeza*).—Gracias, señorito Jack; no tengo ganas... ¡no podría pasar bocado! (*Casi llorando*.) Y, además, ya sabe usted que es preciso que salga á buscar cuarto.

JACK.—Pero muy cerquita de nosotros, ¿verdad?

CATALINA.—¡Pues es claro! (*Mirando alrededor suyo*.) Ya vendré luego, en cuanto haya encontrado casa, á recoger mis chismes, á quitar bártulos de enmedio... ¡Ea! ¡Hasta la vista! (*Cada vez más emocionada*.) Volveré en seguida... (*A Ida*.) Y... ¡cuidelo usted bien! ¡Cuidelo usted mucho!... Ha hecho usted bien en quitármelo. ¡Para eso es usted su madre!...

IDA (*Con cierta sequedad*).—Hasta la vista, Catalina. (*A Jack*.) Y vamos á comer, ¿eh? (*Catalina sale mirando con triste envidia el grupo que forman los dos*.)

ESCENA X

JACK é IDA se disponen á comer. Ella sale un momento por la derecha, y vuelve con algunos platos que pone sobre la mesa. JACK la ayuda y dice pensando en Catalina:

JACK.—¡Qué gran corazón! ¡Si supieras las ternuras y los cuidados de que me ha rodeado siempre!

IDA.—Sí, sí; pero, ¡tan ordinaria, tan vulgar!... Figúrate si la conoceré bien: la he tenido seis años á mi servicio... Pero, ¿qué haces?... ¿Vas á tomar vino tinto con las ostras?

JACK (*Vacitante*).—Es que... te diré... por el momento...

IDA (*Levantándose y riendo alegremente*).—¿Tú qué te has creído? ¿Te has podido figurar un solo instante que yo iba á dejar á mi Jack carecer de nada? (*Coloca una botella de vino blanco sobre la mesa*.) Toma; descorcha esa botella, es vino de Grave. También he traído Champagne para los postres. ¿Qué te parece? Porque, digan lo que quieran, no hay nada como el Champagne para concluir la comida.

JACK (*Asombrado*).—¿Dices que has comprado Champagne?

IDA (*Como un niño cogido en falta*).—Quizá haya gastado mucho, ¿verdad?

JACK.—No, no es eso.

IDA (*Caríjosa*).—Es que todos los días no se reúne un hijo con su madre. Y, además, vas á ver si estoy ó no dispuesta á ser lo que se llama una buena administradora. (*Coge un voluminoso libro que hay sobre la cómoda y le agita en alto con aire triunfal*.) Mira qué hermosa adquisición he hecho: una agenda para llevar los gastos nuestros gastos... ¡la más grande que tenían en la librería de al lado!

JACK (*Jovialmente*).—¡Crefé que era un diccionario!

IDA.—En la tienda en que la he comprado, he descubierto que tienen su correspondiente gabinete de lectura. Figúrate qué cómodo. Porque es preciso estar al corriente del movimiento literario... He comprado este mamotreto porque ya comprenderás que en toda casa bien regida se debe llevar al dedillo la cuenta de los ingresos y de los gastos... Esta noche, después de cenar; haremos la nuestra. Porque he gastado mucho, ¿sabes? Quiero que lo sepas por anticipado... No me queda ni un céntimo. Y es que todo está tan caro, tan por las nubes, como dice la gente... Pero todo lo llevo apuntado.

JACK (Con tono humorístico).—¡Ah! Entonces, ¿qué importa, si todo lo llevas apuntado, como tú dices?

IDA (Volviéndose a sentar).—¡Ah! Y los domingos quiero que me lleves a comer donde vayan los obreros. Hace mucho tiempo que tengo ese capricho. ¡Qué divertido debe ser!... ¡El no quiso llevarme nunca a esos sitios! Es demasiado orgulloso para codearse con gente que no sea de su condición.

JACK (Con cierta timidez).—Es que los domingos...

IDA.—¿Los consagras á alguna amiga, no es eso?

JACK.—El domingo es el único día de que dispongo para ir á casa del doctor Rivals... y de Cecilia.

IDA.—¡Cecilia! ¡Ah, ya; la haces quizá la corte! ¡Ay qué gracioso; pues no se ruboriza por eso! ¡Cómo me gustaría veros juntos: Pablo y Virginia! Debéis hacer pensar en Pablo y Virginia... Anda, cuéntame tus amores. Pero no; espera un poco; antes voy á aligerar la mesa. Veo que tienes tan poco apetito como yo. Con tanto charlar, hemos comido como dos pajaritos. ¡Bah! Luego comeremos mejor. Ahora, un poco de empanada para probar el Champagne. ¡Oh, una buena marca! Fíjate; Roeders. Lo mejor que he encontrado en el barrio.

JACK (Levantándose).—No, mamá. No te molestes; deja que lo haga yo. (Retira los platos y sirve la empanada. Ida, mientras tanto, aprovechando un momento que Jack vuelve la espalda,



mira furtivamente la carta de D'Argenton. Después, para disimular, pregunta á Jack.)

IDA.—¿Y para cuándo pensáis casaros?

JACK.—De aquí á tres años probablemente.

IDA.—No tenéis prisa, por lo visto. Pero, ¿y el Champagne?

JACK.—Si te es indiferente...

IDA.—Pero, hombre, ¿cómo vamos á tomar la empanada sin la ayuda del Champagne? ¡Tienes una cosas! Voy viendo que no estás al corriente de nada. (Jack trata inútilmente de descorchar la botella. Al ver su torpeza, Ida lanza una carcajada.) ¡Ja, ja, ja! ¡Si te pudieras ver en este momento lo cómico que estás! Dame aquí, verás cómo se hace eso. (Coge la botella y la descorcha sin hacer saltar el tapón.) ¿No tienes más vasos que esos? Bueno; no importa. (Los llena.) Recuérdame cuando salgamos que hay que comprar también vasos. (Brindando.) ¡Por tus amores, hijo mío! (Bebe y tararea una canción sentimental; de pronto se interrumpe para exclamar:) Cecilia deberá estar preciosa con el traje de boña... A las rubias nos favorece mucho lo blanco.

JACK.—¿Consentirías en venir conmigo á Etiopias para verla?

IDA.—Ni que decir tiene! ¡Y poco gusto que tendré yo en poder abrazar á mi nuera! ¡A mi nuera! ¡Pero qué gracia tiene todo esto! ¡Pensar que yo voy á tener una nuera! (Jack deja caer la cabeza sobre el pecho con expresión de tristeza. Ida prosigue su canción interrumpida, y de pronto se detiene con la voz anegada en lágrimas.)

JACK (Levantándose y yendo hacia ella).—Pero ¿qué tienes, mamá?

IDA.—¡Nada!... ¡Nada!...

JACK.—¿Es que te aburres ya?...

IDA.—No, no; son mis nervios, ¡qué sé yo! Me siento fatigada; una noche entera de ferrocarril... y luego esa canción, que evoca recuerdos tan tristes para mí... ¡tan tristes que no puedo cantarla nunca sin llorar! (Se pasa el pañuelo por los ojos como para secarse las lágrimas.)

JACK.—Pero mira, mamá; eso es que no has pensado todavía bien la felicidad que es el vivir juntos tú y yo. Si lo hubieras pensado bien, no llorarías. (Ida se levanta y va hacia su hijo; pero de pronto se detiene y se sienta en un extremo de la mesa, sollozando. Jack la coge entre sus brazos y la habla con el alma.) ¡Hace tanto tiempo que vivo privado de esa dicha! ¡Oh! ¡Tenerte á mi lado, siempre conmigo, sin separarnos jamás, crearte una vida de ternuras y de respeto. ¡Pero si siendo aún niño ya no soñaba sino con eso! ¡Si no pensaba sino en crecer, en hacerme un hombre para separarte para siempre de ese... (Con rabia; luego dominándose.) Mira, mamá: cuando yo dejé la fábrica para entrar en la marina de guerra como fogonero, fué para eso, para ganar más y lograr un día poder mantenerte sin que tuvieras que soportar la miseria por mi causa. ¡Oh, yo no te he contado todavía lo que llevo sufrido para conseguir mi empresa... Pero, en fin, ya todo eso concluyó, y ya te tengo á mi lado para siempre, ¿verdad, mamá? (Se arrodilla con expresión infantil y cariñosa ante ella.) ¡Júrame que es para siempre, que no te separarás de mí, que no volverás á reunirte con ese hombre!

IDA (Pasándole la mano por la cabeza).—Pero, ¿qué niño eres! ¿Por qué vienes con esos cuentos ahora? Cuando yo estoy aquí, es porque te prefiero á todo... ¡A todo en el mundo! ¡Pues claro está!

JACK.—Bueno; no importa: júramelo, sin embargo.

IDA.—Pues sí, pues sí; te lo juro, ¡ea!, te lo juro... Contigo... no me separaré jamás de ti.

JACK.—Es que... Porque, mira, mamá; si después de haberme hecho conocer la felicidad que en estos momentos saboreo (*Abrazándola cada vez más estrechamente*), me la quitaras... ¡Oh, entonces, tan cierto como que el sol alumbrá, te lo juro: me moriría.

IDA.—Pero, ¿no te acabo de decir que no, que no te abandonare nunca? ¿O quieres que invente palabras nuevas para convencerte?

JACK (*Poniéndose en pie*).—¡No, no; si ya estoy convencido! Perdóname, mamá, mamá mía... Es que estaba por lo visto loco... no sé... Te aseguro que ya estoy completamente convencido. Pero ahora óyeme—yo te juro á mi vez que no volveré á molestarte hablando de estas cosas—. Pero óyeme esta vez... no volverá á ocurrir, te lo prometo...

IDA (*Con aire de aburrimento*).—¡Di!...

JACK.—Pues oye, mamá. En estos últimos tiempos yo he reflexionado mucho y muy seriamente sobre mi situación, y he visto cosas que antes ni se me ocurrían siquiera... Así, por ejemplo (*Después de una breve pausa*): ¿por qué no me hablas nunca de mi padre?

IDA (*Poniéndose en pie, muy contrariada*).—¿De tu padre? ¿Y qué quieres que te diga yo de tu padre?

JACK.—Oye, oye lo que te digo, mamá. Yo no quiero causarte ninguna pena; pero á mi edad... ya comprenderás... no soy ya ningún niño, y es natural... yo no puedo continuar llamándome Jack á secas toda la vida. Y puesto que mi padre dices tú que vive, dime dónde está, dónde puedo ir á buscarlo para reclamarle el derecho de llevar legalmente su apellido.

IDA (*Con viveza*).—¡Tu padre murió antes de poder hacer nada por ti en ese sentido!

JACK.—¡Muerto!

IDA.—Hace ya muchos años... y de un modo bien trágico... en Chantilly... un accidente de caza... que si no, seguramente te hubiera reconocido y podrías hoy ostentar uno de los nombres más ilustres de Francia.

JACK.—¿Era militar, verdad?

IDA.—No, marino; pero, en fin, viene á ser lo mismo.

JACK (*Sombrio*).—¡Pero tú no me habías dicho que fuera marino! (*Y como asaltado por una penosa idea, pregunta*).—¿Y cómo se llamaba mi padre?

IDA.—El barón de Boulac, teniente de navío.

JACK (*Aparte, con fría desesperación*).—¡Otro nombre distinto del que me dió otras veces!...

IDA (*Acercándose á su hijo*).—Vamos, Jack, no te atormentes con esas ideas... sé razonable...

JACK (*Con acento desgarrador*).—¡No se acuerda del nombre de mi padre! ¡Oh miseria!

IDA.—Vamos, Jack, no te exaltes de ese modo; te estás haciendo daño y á mí también... Ya sabes... estoy fatigada... rendida... tantas emociones y luego esa horrible noche de viaje...

JACK (*Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo*).—¡Tienes razón! ¡Pobrecita mía! ¡Si te acostaras un poco!...

IDA (*Alborozada*).—¡Qué excelente idea! ¡A mí, que me gusta tanto dormir un poco la siesta después del almuerzo! Pero tú, ¿qué vas á hacer entretanto?

JACK.—¡Pchs! Estudiaré... Trabajaré un poco para el señor Rivals; pasado mañana es domingo...

IDA (*Sonriente*).—¡Ah! Es cierto; me olvidaba de que estás enamorado.

JACK.—Cecilia y yo vivimos sostenidos por la misma esperanza, y si yo desmayara en mis trabajos...

IDA (*Contemplándole con admiración mientras él prepara la mesa para entregarse al estudio*).—

¡Obrero de día!... ¡Estudiante por la noche!... ¡Oh, el amor! ¿Sabes que con la historia de tu idilio se podría escribir una novela extraordinaria? Me siento orgullosa de ti, Jack.

JACK.—No lo digas tan fuerte hasta que me veas llegar adonde me supongo.

IDA (*Con fe*).—¡Oh, sí, llegarás! Estoy segura de tu triunfo, y para que lo consigas, tu madre te ayudará con todas sus fuerzas... Ya verás, ya verás tú también lo que yo valgo... Conque... hasta luego. (*Despidiéndose de Jack desde la puerta de la derecha*.)

JACK (*Con pasión é intencionadamente*).—¿Siempre, mamá, siempre?

IDA.—¡Siempre contigo; con mi Jack! (*Entra en su cuarto*.)

ESCENA XI

JACK, solo

Sí, es evidente. Me quiere á mí, á mí solo. ¿Cómo he podido dudarle? ¡Si es mi madre! ¡Una madre al fin!... ¡Cuánta felicidad en tan pocas horas! ¡Tenerla aquí conmigo! ¡Tan cerca de Cecilia también!... Claro... como he sufrido tanto, justo es que obtenga la recompensa... ¡Dios no existiría si no!

ESCENA XII

JACK y D'ARGENTON que aparece por el fondo, y, al ver á Jack, se detiene un momento indeciso

D'ARGENTON.—¡Ah, Jack!

JACK (*Levantándose y lanzando un grito de desesperación*).—¡Oh, Dios mío! (*Se arroja sobre la puerta de la habitación donde está Ida, echa la llave, que se guarda en el bolsillo, y se encara con D'Argenton, á quien dice con tono resueltamente amenazador*).—¿A quién viene usted á buscar aquí?

D'ARGENTON (*Confuso ante la presencia de Jack, balbucea*).—Yo, yo creía...

JACK.—Usted creía que yo no estaba en casa; como es la hora del trabajo, la hora en que la mujer del obrero se queda sola y la llave puesta en la puerta... usted no sospechó que me iba á encontrar aquí. No tuvo usted la precaución de preguntar por mí en la portería. Todos los rateros saben eso... Pues se ha engañado usted, porque en esta casa hay un hombre; con que, dígame en seguida á quién ó qué viene usted buscando aquí.

D'ARGENTON.—Y yo me felicito de encontrar un hombre, en efecto, donde no había dejado sino un niño; un hombre inteligente y digno, abierto á todas las expansiones de la vida.

JACK.—Sus frases de afecto no tienen aquí valor alguno. Pero míreme usted, míreme usted bien de frente y dígame qué parecido encuentra entre el hombre que tiene ante los ojos y aquel pobre Jack á quien usted hizo víctima hasta la saciedad de su inagotable egoísmo...

D'ARGENTON.—Vamos, Jack, amigo mío.

JACK.—¿Yo amigo de usted? Ya sabe usted que no lo soy ni lo he sido jamás.

D'ARGENTON (*Con tono conciliador*).—Pero, ¿desde cuándo me tiene usted esa formidable antipatía?

JACK.—Antipatía, no. Desde que le conozco á usted, desde mi infancia, desde lo más lejano de mi recuerdo, me he sentido siempre lleno de odio hacia usted. Y, además, ¿qué otra cosa podemos ser usted y yo sino dos enemigos mortales?... ¿Qué representa usted en mi vida?

D'ARGENTON (*Interrumpiéndole*).—Vamos, Jack, por una sola vez, un poco de calma... Yo siempre he deseado vivamente su felicidad, asegu-



rarle su porvenir; ahora mismo tengo la certeza de que, habiendo tratado de apartarle de los libros, colocándole la herramienta del obrero en la mano, he sido más humano y más práctico con usted que ese viejo soñador de Rivals. (*Jack hace un gesto de impaciencia.*) Sí, sí, yo he querido librarle de las decepciones del orgullo, de esas espantosas torturas por el ideal, que tanto me han hecho sufrir, y al lado de las cuales, ningún suplicio humano es duro ni intolerable. (*Jack hace un gesto de desdén.*) Sí, sí; y por encima de todo, cualesquiera que hayan sido mis aciertos ó mis errores, hay aquí algo indiscutible, algo absoluto, y es el amor, el amor inmenso que siempre me ha inspirado esa admirable mujer...

JACK (*Interrumpiéndote con furia.*)—¡Ea! Basta ya. ¡Yo, Jack, le prohíbo terminantemente hablar de mi madre! ¡Se lo prohíbo!...

D'ARGENTON.—¡Jack!

JACK (*Casi en el paroxismo de su cólera.*)—Pero sepamos de una vez qué es lo que usted se propone con esa pobre criatura. Durante mas de quince años ha sido suya, su esclava... Un lujo que no le ha costado á usted nada, y que en cambio le ha proporcionado innumerables beneficios. Y ahora, ¿para qué quiere usted verla? ¿Para qué le puede servir? Ya no es rica, señor, ya no es bella, tiene arrugas... tiene canas... y, además, un hijo que la adora y que le aborrece á usted infinitamente.

D'ARGENTON (*Con tono friamente reconcentrado.*)—Bueno, pues esa mujer, tal como es, tal como está, yo la amo á pesar de todo, y por eso he venido tras ella desde Lyon, en el mismo tren en que habéis llegado á París.

JACK.—¡Pues no será!

IDA (*Desde su cuarto, con voz suplicante.*)—¡Jack!

D'ARGENTON.—¡Lo ves; es que me ha oído!

JACK.—Pero, ¿qué se atreve usted á suponer, miserable? Mi madre no quiere verle, mi madre le detesta, mi madre le desprecia... ¡Ea, hemos acabado! ¡Fuera de aquí! (*Amenazándole.*)

IDA (*Desde dentro.*)—Jack, ábreme; quiero verle!

D'ARGENTON (*Llamándola.*)—¡Ida!

IDA.—¡Jack, Jack!

JACK.—Ya lo ve usted. Es á mí á quien llama.

D'ARGENTON (*Más fuerte.*)—¡Ida!

JACK (*Arrojándose, ya fuera de sí, sobre D'Argenton.*)—¡Ah, miserable! ¡Tú lo has querido! ¡Tenía que suceder! ¡No saldrás con vida de aquí! (*Forcejean furiosamente.*)

TELON RAPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Saloncito en la casa de campo del doctor Rivals, en Etioles. Conjunto agradable y bien ordenado, aunque sin lujo. Al fondo, ancha galería de cristales, descubierta, que deja ver la campiña dorada por el sol poniente de un hermoso atardecer otoñal. Una vasta estantería con libros. Confortables sillones, mesa de escritorio con papeles y una blanca estufa de porcelana en una esquina. Los muebles son de maderas claras y, en las ventanas, visillos blancuísimos denotan la limpieza y el buen gusto del doctor y de Cecilia.

ESCENA PRIMERA

El doctor RIVALS, después CATALINA

RIVALS (*Mirando el reloj*).—¡Las seis ya, y nada! ¡Esa mujer sin venir, mientras que el pobre Jack espera y se desespera en su alcoba!... No obstante, el tren de París hace diez minutos que debe haber llegado. (*Entra Catalina.*)

CATALINA.—¡Ya estoy de vuelta!

RIVALS.—Pero ¿cómo? ¿Usted sola?... ¿Y la madre?

CATALINA.—¡Sí, sí! ¡La madre!... ¡Buena pájara está!... Dice que no viene porque no cree que el señorito Jack esté tan malo como yo le he dicho.

RIVALS.—Pero ¿ha conseguido usted verla?

CATALINA.—Pues no faltaba más sino que yo hubiese venido sin lograr mi objeto. Más de dos horas me ha costado estar de centinela á su puerta. La señora estaba en el teatro... en un concierto... no sé dónde me dijo la portera. Ya me disponía á marcharme, cuando la veo aparecer en un coche, acompañada de ese hombre, muy enlutado, con una gran gasa en el sombrero, como si se le hubiera muerto alguien. ¡Parecía un obispo!... Pero no se vaya usted á creer que me acobardé por eso; me abalancé sobre ella, y la dije con toda mi alma: «¡venga usted, venga usted en seguida, que el señorito Jack está muy malo, se está muriendo!...» —¿Mi Jack?—me preguntó—. Ya sabe usted el tono que emplea para nombrar á su hijo... ¡Mi Jack, mi Jack! Eso es todo lo que sabe decir... —Sí, sí—la respondí—; su Jack, su hijo. Lleva ya dos meses muy enfermo... desde que usted le abandonó... Y ahora se está muriendo... ¡No tenemos tiempo que perder!...

RIVALS.—¿Y qué dijo ella?

CATALINA.—Fué él el que respondió: que todo eran mentiras; que el señorito Jack no estaba tan malo como yo decía; que lo que nosotros queríamos era arrebatarle su princesa...

RIVALS.—Pero ¿la madre?...

CATALINA.—La madre ya sabe usted que no hace más de lo que ese diablo de hombre quiere. Mire usted, señor Rivals, cuando yo le oí decir que yo no era más que una embustera, no sé lo que pasó por mi cabeza; me acaloré, y allí mismo, en medio de la calle, les dije á los dos cuanto se me vino á la boca, hasta que se formó un gran corro de gente delante de la misma puerta. Yo creo que, si no hubiera sido por ese sinvergüenza, la señora se hubiera venido conmigo, á pesar de todo. Pero él la hizo entrar casi á empujones en la casa y me dejaron en el portal con la palabra en la boca. ¡Ah! ¡A esas mujeres que no saben ser madres, Dios no debía concederles hijos jamás!

RIVALS.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Y cómo vamos á arreglarnos ahora con Jack? ¿Qué vamos á decirle?

CATALINA.—Hay que ocultarle la verdad á toda costa. (*Cambiando de tono.*) ¿Y cómo se encuentra hoy el pobrecito?

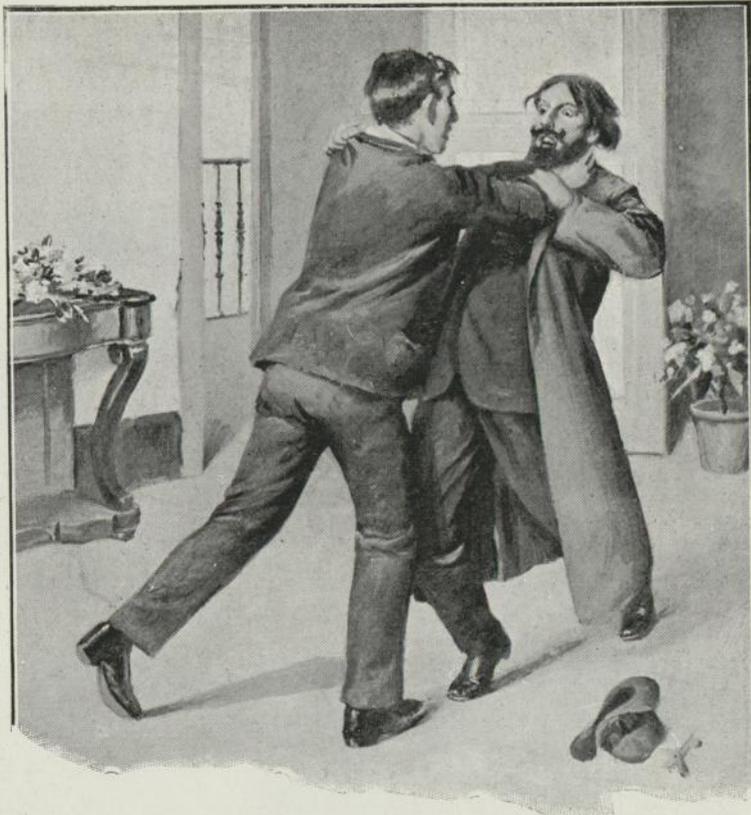
RIVALS.—Bastante peor que ayer. La vida le abandona por momentos.

CATALINA.—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Y no poder hacer nada por él!... (*Prorrumpe en sollozos.*)

RIVALS.—Basta de lágrimas, Catalina. Míreme usted á mí. ¿Lloro yo acaso? Y, sin embargo, ya ve usted: la desgracia me ataca por los dos lados, no sólo por el pobre Jack, á quien usted sabe que quiero como un hijo, sino por la inocente niña que lo vela, bien ajena de que la crisis final se echa encima y la muerte ronda hace días esta casa.

CATALINA.—Pero ¿cómo puede la señorita Cecilia no darse cuenta?...

RIVALS.—El amor pone una venda en los ojos,



y, además, á la edad de esa niña, no se comprenden las tremendas injusticias de la vida.

CATALINA (*Secándose las lágrimas*).—Bueno, señor Rivals; no lloraré más.

ESCENA II

DICHOS y CECILIA, que es una preciosa joven pálida y espiritual, vestida con sencillez y elegancia

CECILIA (*Con tono afectadamente tranquilo*).—Suba usted en seguida, Catalina. Jack la ha oído entrar y quiere hablarla.

CATALINA.—Pero ¿le ha dicho usted que yo había ido en busca de su madre?

CECILIA.—No tuve más remedio. Desde hace dos días, sobre todo, el recuerdo de su madre se ha convertido, para él, en una verdadera obsesión. No se aparta la idea de su cabeza un instante. La llama á cada momento, y sólo el decirle que seguramente vendría á verle hoy, ha bastado para que se pase la noche en un sueño, como una criatura.

CATALINA.—Sí; pero el caso es que no he conseguido traerla conmigo.

CECILIA (*A su padre*).—Ya te lo había dicho yo

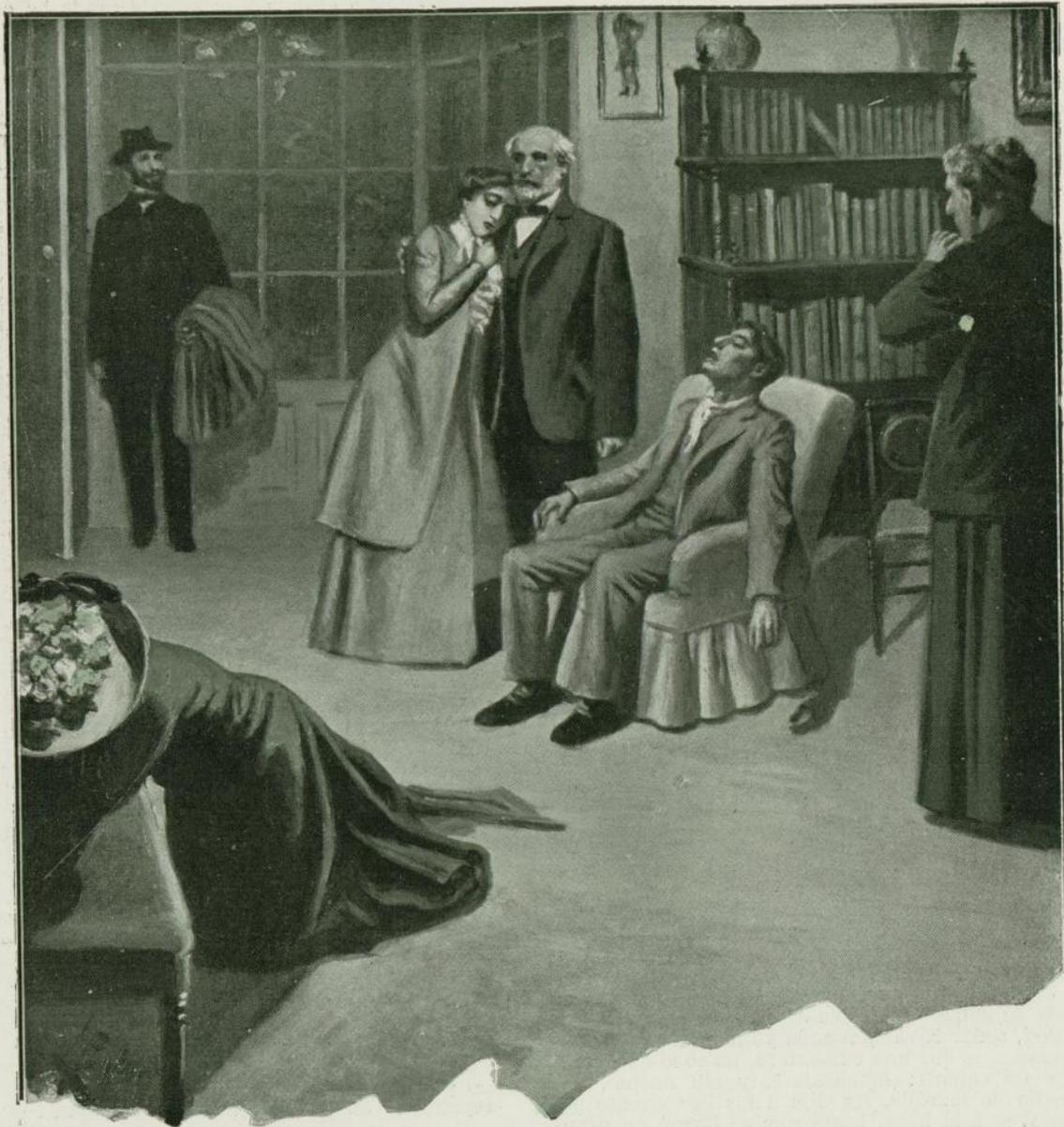
que él no la dejaría venir y ella no sabría rebelarse para volar al lado de su hijo...

RIVALS.—Yo saldré mañana mismo para París, á primera hora, y ya veremos si consigo traerla ó no, aunque sea á la fuerza...

CECILIA.—Sí, pero de aquí á mañana... (*A Catalina.*) Es preciso que le diga usted que la ha visto y que tiene usted su promesa de venir en se-

ESCENA III

CECILIA y el doctor RIVALS. Hay unos momentos de malestar y silencio. El doctor Rivals pasea de un lado á otro de la estancia con la cabeza caída sobre el pecho y mirando de cuando en cuando al soslayo á su hija. Esta, con expresión de gravedad y tristeza, toma una flor de un gran ramo que hay sobre la mesa y se la pone en los cabellos.



guida, esta misma noche. Eso le tranquilizará, y tal vez pueda volver á conciliar el sueño pensando en su madre.

CATALINA.—Sí, todo eso está muy bien, pero el caso es que yo no sirvo para decir embustes.

CECILIA (*Con gravedad.*)—¡Es preciso! Y ahora suba usted á verlo... yo iré en seguida. (*Sale Catalina enjugándose las lágrimas con el pañuelo.*)

RIVALS (*Tratando de aparecer sonriente.*)—¡Así me gusta verte; cuidadosa de tu persona; deseosa de parecer más linda de lo que eres.

CECILIA.—¿Tú lo crees así? (*Mira á su padre con indefinible expresión de dolor, y al fin se deja caer en sus brazos sollozando.*)

RIVALS (*Haciendo esfuerzos sobrehumanos para no llorar.*)—Pero, ¿qué te pasa?

CECILIA (*Con voz queda.*)—No me digas nada!... ¡No me preguntes nada!... ¡Déjame llorar!...

RIVALS.—Pero, ¿por qué? ¿Qué tienes? Vamos, la cosa no es para tanto.

CECILIA.—¡Sí! He vivido hasta ahora contentándome, fingiendo ignorar la gravedad de su

estado. ¡Por ti, por él! Pero ya no puedo más!
¡No puedo más!... ¡Me ahoga!...

RIVALS.—¿Luego tú sabías?...

CECILIA.—Desde el primer momento, yo no ignoraba que su enfermedad es de las que no tienen remedio.

RIVALS.—¿Quién sabe? ¿Acaso?...

CECILIA.—¡Oh, no! ¡No trates de engañarme: de las que no tienen remedio... ¡Ah, si al menos esa madre... Soñando con ella en alta voz se ha pasado la noche entera. Una vez creí que me llamaba y acudí; estaba diciendo: «¡Mamá, mamá, ¿por qué no vienes?» Y ¡ni una palabra para mí! (Llora.) ¡Yo, que le quiero tanto!

RIVALS.—¡Claro! Porque tú estabas allí; porque, como siempre te tiene al lado, está seguro de tu amor. Y si no, al verse solo y abandonado por su madre, ¿á qué puerta llamó en solicitud de amparo y de refugio sino á la nuestra? Y ya verás tú cómo entre todos conseguimos salvarle.

CECILIA.—¡Salvarle! (Mirando con fijeza á su padre.) Vamos á ver, con franqueza: ¿cuántos días crees tú que le quedan de vida?

ESCENA IV

Los mismos y JACK y CATALINA, que entran inopinadamente. Aquel se apoya desfalleciente en el brazo de su bondadosa y anciana enfermera.

CECILIA (*Estupefacta*).—Pero, ¿qué es eso?

RIVALS (*Igualmente asombrado*).—¿Te has levantado?

CATALINA.—No he hecho más que decirle que quizá su mamá vendría esta noche á verle, y aquí le tienen ustedes. No he podido conseguir que se quedara en la cama.

JACK (*Tratando de disculparse*).—Es que la hubiera impresionado mucho no hallarme de pie.

CECILIA.—¡Qué imprudencia!

CATALINA.—¿No es verdad, señorita Cecilia? ¡En vez de haberse quedado tan ricamente en la cama para ver si conseguía dormir, como yó le aconsejaba!...

JACK.—Sí, sí, dormir. ¡Como si fuera eso posible, sabiendo que mi madre va á venir, que dentro de algunos momentos estará con nosotros!...

RIVALS.—¡Vamos Jack; sosiégate, ten calma!

JACK.—¡No me reprenda usted!... Se lo aseguro, me siento mejor, más fuerte que nunca. (A Cecilia.) ¡De veras!

CATALINA (*Al doctor Rivals*).—¡Como que nadie diría que el señorito Jack está un poco indisuesto!

JACK (*Dolorosamente, pero con infinita gratitud*).—¿Verdad, Catalina? (*Una breve pausa*.) Pero, ¡qué bien se está aquí! No veo por todas partes más que flores, muchas flores, y caras amigas. Además, esta sala es mi predilecta. Toda la felicidad de mi vida la he sentido aquí.

CECILIA (*Con voz queda*).—¡Y la mía, Jack!

JACK (*Apasionadamente*).—¡Cecilia! (A Catalina, que se dispone á cerrar los cristales de la galería.) ¡Oh, no; no cierre usted! Me gusta ver el cielo. ¡Qué hermoso es! ¡Qué delicioso el aire perfumado del jardín! (*Se oye un golpe de campana lejano*.) ¡Ah, la campana de Eliolles! Te reconozco... Es una voz amiga... Cuando yo me sentía más abandonado, más perdido, allá en las lejanías de los mares, evocaba el recuerdo de Eliolles, de ustedes, del campanario de esa iglesia, sólo al oír en la proa del barco la campana del cuarto... La oía toda la noche, dominando el ruido de las máquinas y del viento... y, como por encanto, cada vez que sentía su tañido, veía surgir ante mis ojos esta casa, y el jardín y la puerta que da al bosque y á Ceci-

lia que me aguardaba en ella. ¡Oh, casa adorada! ¡Soñado refugio mío!...

CATALINA.—¿Y en mí no pensaba nunca? La pobre Catalina no representaba nada para el viajero.

JACK (*Con efusión*).—Ya sabe usted que es una de las personas que me son más queridas en el mundo. (*La coge una mano y la atrae hacia sí*.) Pero vengan ustedes... Vengan ustedes todos á mi alrededor... así, muy cerca de mí, que yo los sienta... Quiero que cuando ella venga y nos vea, se dé clara cuenta de lo que se me quiere en esta casa. ¡Acaso sienta envidia!...

CATALINA.—Eso... eso. Y luego, en cuanto entre, cerraremos la puerta de la jaula para que el pájaro no vuelva á escaparse.

JACK (*Con el oído atento*).—¡A ver! ¡Parece que alguien viene por la carretera!

CECILIA (*Sin mirar*).—No, Jack; es demasiado pronto todavía.

CATALINA.—No ha tenido tiempo de llegar siquiera.

JACK.—Pero mi madre le ha dicho á usted terminantemente que vendría hoy mismo, ¿no es eso?

CATALINA (*Turbada*).—Sí... sí... á menos que algún inconveniente, ¿qué sé yo?

JACK (*Muy alarmado*).—¿Que algún inconveniente?...

CECILIA.—No hagas caso, vamos. ¿Qué inconvenientes ni qué dificultades? Ya verás tú cómo viene.

JACK.—¿Verdad que sí, Cecilia? ¿Qué inconveniente puede impedirle venir á ver á su hijo enfermo, que la llama? Mi madre me quiere, ¡vamos! A pesar de todo, yo sé que me quiere mucho. Cierlo que me produjo una gran pena cuando me dejó. ¡Oh, Dios! Pero el culpable es él, exclusivamente él. Con sus muecas sentimentales y sus grandes frases... Se ha apoderado de su voluntad por la compasión... ¡claro!... Como ella es candorosa y buena... Porque si fuera mala, ¿tendría yo el corazón que tengo? ¿Podría quererla tanto como la quiero? (*Muy exaltado*.)

RIVALS.—Sí, sí; pero cálmate, sé razonable. Ya sabes que te fatiga mucho el hablar fuerte, hijo mío.

JACK.—¡Oh, hijo mío! Me ha llamado su hijo; ¡si viera usted qué feliz me hace dándome ese nombre! (*Poniéndose en pie*.) Sí, sí; su hijo. Y ahora que me encuentro bien, que me voy á poner fuerte del todo, ya verá usted de lo que soy capaz, para ser completamente digno de que usted me llame de ese modo. (*Se deja caer de nuevo sobre el asiento*.) Pero, ¿qué es esto?... ¡Esta angustia!... ¡Y todavía sin venir! ¡Esto me mata! Ya debía estar aquí... hace más de dos horas que Catalina ha vuelto.

CATALINA.—¡Dos horas! ¡Qué exageración! ¡Qué pronto pasa para usted el tiempo! ¡Si acaso no haga ni media!

JACK (*Con verdadera angustia y desfallecimiento en el ademán y en la voz*).—¡Y la noche que se echa encima! ¡Otro día más sin verla! (A Catalina.) Temo abusar, pero... si quisiera usted salir un poco á la carretera á ver si viene!...

CATALINA (*Muy emocionada, y después de un instante de dubitación*).—Bueno... iré... Si eso le causa á usted alivio...

RIVALS.—Sí; pero Catalina sólo saldrá á la carretera con la condición de que tú subas á tu cuarto y te acuestes.

JACK (*Suplicante*).—¡Oh, no! ¡Un momento más!... ¡Se siente uno tan bien aquí! (A Catalina, á quien sigue, inquieto con la mirada, al notar que no sale por la puerta del fondo.) Pero, ¿por dónde va usted á salir á la carretera?

CATALINA (*Casi ahogada por las lágrimas*).—Sí,

si... tiene usted razón... ya voy... voy en seguida... Es que voy á buscar una linterna. *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA V

DICHOS, MENOS CATALINA

RIVALS.—Vamos, Jack; ya no es el padre, sino el médico, quien habla. Vete á acostar.

JACK *(Se levanta sin proferir una palabra. La noche se ha hecho totalmente. Por el fondo del jardín se ve cruzar una luz pálida. Jack, fijándose en ella, dice tristemente.)*—¡Pobre Catalina! ¡Allí va con su linterna!... ¡Acaso crea que eso la hará venir. *(Ríe con amargura. Después se yergue en el centro de la estancia y dice con energía.)* ¡Pues bien; yo soy ahora quien les dice á ustedes que no vendrá!

CECILIA *(Protestando.)*—¿Pero qué estás diciendo?

JACK.—Que no vendrá, digo. ¡Ah! ¡Es que comienzo á conocerla! La luz se va haciendo en mi espíritu... ¡Es una mala madre!... Todos los horrores, todas las miserias de mi vida á ella se los debo... Tengo el corazón hecho una purgatoria de los golpes con que ella le ha martirizado... Ha dado crédito á ese falso poeta, á ese falso hombre, á ese falso enfermo, porque no es capaz de querer sino lo que es falso... Cuando él la fingió que se iba á morir de amor por ella, ella lo abandonó todo, me abandonó á mí y no ha sido siquiera para venir una vez á verme... La he escrito; la han escrito ustedes, y ahora que yo me estoy muriendo, ¡pero muriendo de verdad!, no como ese miserable, ¡ya verán ustedes cómo no viene á verme tampoco!... ¡Es una mala mujer!... ¡Es una mala madre!... ¡Me mata!... ¡Me ha matado, y no será capaz de venir á recoger el último suspiro de su hijo!

RIVALS *(Con efusión.)*—¡No seas niño, Jack! ¡Tienes el mejor consuelo á tu lado, y eres tan ciego que no lo ves! *(Mostrándole á Cecilia muy emocionado.)* ¡Abrazala, Jack!

CECILIA *(Arrojándose en sus brazos.)*—¡Yo no quiero que te mueras, Jack!... Tú eres toda la felicidad de mi vida, toda mi ilusión y toda mi esperanza! ¡Nadie te quiere como yo en el mundo!... ¡Oyeme!... ¡Yo soy para ti más que ella!... ¡Yo soy tu esposa ante Dios, y nunca te he engañado, ni te he mentido jamás!

JACK *(Con acento cada vez más desjalecido.)*—¡Oh, sí... mi esposa... mi esposa... verdad... es verdad!... ¡Perdóname!... ¡Soy un ingrato!... ¡Repítelo, que yo lo oiga!... ¿Para qué tengo necesidad de nadie, teniéndote aquí á mi lado? ¡Todo me faltaba en la vida... y á ti te lo debo todo!... Tú has sido para mí mi amiga... mi her-

mana, mi esposa, mi madre... ¡No llores más, por Dios!... ¡Háblame!... ¡Repíleme eso!...

CECILIA.—¡Sí, mi Jack!...

JACK.—¡Yo no he sufrido nunca! ¿Quién habla de sufrimientos? ¡Yo he sido siempre feliz!... ¡Oh, feliz! ¡Porque nos hemos amado siempre!... ¡Siempre!... ¡Dame tu mano!... ¡En ella está tu alma!... ¡La siento aquí!... Ahora, ¡á dormir! ¡A dormir para siempre! *(Cierra los ojos y se deja caer sobre el respaldo del sillón.)* ¡Dios mío, qué bien se está así!

CECILIA *(En voz baja, presa del terror.)*—¡Padre, padre, tengo miedo!

RIVALS *(Inclinándose sobre Jack.)*—No, no; está dormido.

JACK *(Que delira.)*—¡Mi madre!... ¡Mi madre!... ¡En el jardín!... ¡Siento pasos!... ¡Es ella!... ¡Aquí viene! *(Hace un supremo esfuerzo como para incorporarse.)* ¡Oh, mamá, cuánto has tardado! ¡Ven... ven! *(Deja caer la cabeza sobre el respaldo, y queda postrado.)*

ESCENA VI

LOS MISMOS. CATALINA, IDA y D'ARGENTON; tras de la galería de cristales estos últimos

CATALINA *(Gritando desde la puerta.)*—¡Aquí la tiene usted, señorito! ¡Aquí está su mamá!... *(Empujando á Ida.)* Pero, vamos, señora; ¡dése usted prisa!

IDA *(Arrojándose á los pies de su hijo y cogiéndole las manos.)*—¡Jack! ¡Mi pobre Jack! Pero ¿es verdad que estás enfermo? ¡Y yo que no quería creerlo! ¡Pero ya ves cómo, al fin, he venido á cuidar á mi niño querido! ¿Verdad?... Y ya verás, ya verás cómo de aquí en adelante vamos á ser felices para siempre. Yo vendré todos los días á verte hasta que te pongas bueno. ¿Quieres? ¿Verdad, hijo mío?... Pero ¿qué es lo que te pasa que no me respondes? *(Le mira con ansiedad, y después consulta con la mirada al doctor Rivals. Silencio é inmovilidad en todos. Da un grito de espanto.)* ¡Ah!! *(Retrocede horrorizada, y se deja caer de rodillas contra un diván, ocultándose la cara con las manos.)*

RIVALS *(Con tono de frío rencor.)*—¡Usted es quien lo ha matado, señora!...

CATALINA.—¡Ángel mío! ¡Ya ha dejado de sufrir. *(Con fervorosa indignación.)* ¿Pero es que Dios no tendrá un castigo para las madres así?

RIVALS *(Señalando á D'Argenton, que en aquel momento entra en escena, completamente vestido de negro, el abrigo al brazo, y se aproxima reverentemente al cadáver de Jack.)*—¡Sí... sí!... ¡Hay uno!... ¡Hay uno!... *(Y mostránuo con energía á D'Argenton, dice.)* ¡Ese!!

TELON

ALEJANDRO SAWA

El Cuento Semanal

En esta Administración y en las principales librerías y quioscos de toda España, se venden ejemplares de todos los números publicados por **EL CUENTO SEMANAL** al precio de **30 céntimos** ejemplar.

Las colecciones de los años 1907, 1908 y 1909, elegantemente encuadernadas en cuero, con incrustaciones de oro y en relieve, compuesta cada una de dos tomos, se venden al precio de

25 pesetas para Madrid y provincias

36 » para el extranjero

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMÁTICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, **GINCO** el frasco

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay **NEURASTENIA** que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.^ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

NOCIONES DE AGRICULTURA

POR

FERNÁNDEZ CASTAÑEDA

Catedrático de Agricultura y Director del Instituto de Cuenca y Escribano Profesor de la Escuela Normal de Madrid.

Para los alumnos de las escuelas normales y opositores á escuelas públicas.

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante **DE LA TOS**. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: **PEREZ MARTIN VELASCO Y C.^ª**

MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

RUDIMENTOS DE DERECHO

Y ALGUNAS NOCIONES DE ECONOMÍA POLÍTICA

POR ESCRIBANO

- 1.º Para los alumnos de ambos sexos que cursan el Magisterio de primera enseñanza.
- 2.º Para los opositores á Cátedras de Escuelas Normales.
- 3.º Para los opositores á escuelas públicas.
- 4.º Para cuantas personas quieran poseer aquellas nociones de Derecho que obligan á todo ciudadano en un país civilizado.

¡Fumadores! EL HUROL

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias

Frasco para 500 gramos de tabaco, 1 pta. Por correo, 1,50

MADRID - Calle de la Victoria, 6 y 8 - MADRID

EFFECTOS DE VIAJE A. BLASCO

4, MALASAÑA, NÚM. 4

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO, ELEGANCIA, SORTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo. **CAPELLANES, 12.** Precio fijo

GRANDES TALLERES DE ENCUADERNACIÓN

DE

JOSE Y AGÜES

8, NUNCIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc.

Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas.

EL CUENTO SEMANAL en Barcelona

LIBRERÍA DE SALVADOR SANZ

Ronda de San Pedro, 30

Existencia de todos los números publicados.

Venta de toda clase de obras científicas y literarias.

Corresponsal de varias publicaciones.

Expediciones á provincias y Ultramar.

El Cuento Semanal

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.* Jacinto Octavio Picón: *Desencanto*.
- 2.* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconda*.
- 3.* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.
- 4.* Eduardo Zamacois: *¡a cita*.
- 5.* Salvador Rueda: *La guitarra culpa*.
- 6.* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.
- 7.* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*
- 8.* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.
- 9.* Felipe Trigo: *Reveladoras*.
10. José Francés: *El alma viajera*.
11. Eduardo Marquina: *La caravana*.
12. Juan Pérez Zúñiga: *La Soledad del campo*.
13. Pedro de Répide: *Del Rastro a Maravillas*.
14. Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.
15. Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.
16. Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.
17. Amado Nervo: *Un sueño*.
18. Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.
19. F. Villaspesa: *El milagro de las rosas*.
20. S. y J. Álvarez Quintero: *La madrecita*.
21. Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.
22. E. Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.
23. A. Larrubiera: *La conquista del jándalo*.
24. Mauricio López-Roberts: *Las Tres Reinas*.
25. Colombine: *El tesoro del castillo*.
26. F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por malas*.
27. Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.
28. Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.
29. Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.
30. Mariano Vallejo: *Denda pagada*.
31. Arturo Reyes: *La Moruchita*.
32. Ángel Guerra: *Al sjallos*.
33. Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.
34. Cristóbal de Castro: *Luna, Lumer...*
35. Ricardo J. Catarineu: *Almas errantes*.
36. Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.
37. Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.
38. Antonio Palomero: *Don Claudio*.
39. Pompeyo Gener: *Ultimos momentos de Miguel Servet*.
40. Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.
41. J. López Pinillos: *Frente al mar*.
42. Blanca de los Ríos: *Las hijas de don Juan*.
43. Julio Camba: *El destierro*.
44. Miguel Sawa: *La Muñeca*.
45. Luis Bello: *El corazón de Jesús*.
46. J. Ferrándiz: *El «Días tristes» de San Huberto*.
47. A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.
48. Alberto Insúa: *Las señoritas*.
49. J. M.* Salaverria: *El literato*.
50. Apeles Mestres: *La espada*.
51. Blanco-Belmonte: *La ciencia del dolor*.
52. Rafael Saillias: *Quiero ser santo*.
53. NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino*, por Joaquín Dicenta.
Precio: 50 céntimos.
54. Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador...*
55. Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.
56. Eduardo Marquina: *«La Muestra»*.
57. Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.
58. Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.
59. Pedro de Répide: *El solar de la Bolera*.
60. Eduardo Zamacois: *El Collar*.
61. J. Francés: *Mientras las horas duermen*.
62. Gabriel Miró: *Nómada*.
63. Ramón A. Urbano: *El barbero del ueta*.
64. Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.
65. José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.
66. Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.
67. Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.
68. Blanca de los Ríos: *Madrid goyesca*.
69. Felipe Sassone: *Viendo la vida*.
- 70 y 71. Benito Pérez Galdós: *Gerona*.
72. Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.
73. G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.
74. A. Hernández-Catá: *El pecado original*.
75. Arturo Reyes: *El Niño de los Caireles*.
76. F. García-Sánchez: *Historia romántica*.
77. Felipe Trigo: *El gran simpático*.
78. Ramón M. Tenreiro: *Embriajamiento*.
79. Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.
80. Joaquín Dicenta: *La gñanúa*.
81. Colombine: *Senderos de vida*.
82. Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.
83. José Santos Chocano: *¡a cruz y el sol*.
84. Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.
85. Eduardo Marquina: *Coruña siniestra...*
86. Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.
87. A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.
88. Pedro de Répide: *Noche perdida*.
89. Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.
90. Pedro Mata: *Cuesta abajo*.
91. F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.
92. Joaquín Dicenta: *Galerna*.
93. J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.
94. A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.
95. Condesa de Pardo Bazán: *Allende la verdad*.
96. J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.
97. Eduardo Zamacois: *El paraltico*.
98. Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.
99. J. M.* Salaverria: *Mundo subterráneo*.
100. A. González-Blanco: *Un amor de provincia*.
101. J. López Pinillos: *Los enemigos*.
102. Antonio Zozaya: *La bala fría*.
103. Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.
104. Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.
105. Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.
106. Enrique López Alarcón: *La Cruz del Cariño*.
107. J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.
108. R. Urbano: *La Santa Fe*.
109. F. Flores García: *El Pedrino*.
110. G. Martínez Sierra: *Egloga*.
111. Felipe Trigo: *Lo irreparable*.
112. J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.
113. J. Benavente: *¡A ver que hace un hombre*.
114. Cijes Aparicio: *La Venganza*.
115. F. Periquet: *Exhausto*.
116. López de Haro: *Vigiaridad*.
117. Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.
118. Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.
119. Luis Calpena: *Un milagro del Arte*.
120. Pedro Mata: *La Calada de Alonso Quijano*.
121. R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.
122. José M.* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.
123. Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.
124. Pedro G. Magro: *Hidaigua morisca*.
125. Ricardo León: *Amor de caridad*.
126. F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.
127. Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.
128. Eduardo Marquina: *Beso de oro*.
129. Guillermo Hernández Mir: *Pedraza de vida*.
130. José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.
131. Eugenio Noel: *Alma de Santa*.
132. Luis de Tapia: *Así en la Tierra...*
133. Juan A. Cavestany: *La Niña de los rubies*.
134. Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un botenion*.
135. E. Menéndez y Pelayo: *El Mote*.
136. Bernardo Herrero Ochoa: *La espinge de hielo*.
137. Luis Huidobro: *Carnicho*.
138. Federico Urrecha: *El suicidio de Regúlez*.
139. J. Pous y Pagès: *El hombre bueno*.
140. Alfonso García del Busto: *Sucho de hogar*.
141. Benigno Varela: *La Terrorista*.
142. Andrés González-Blanco: *El castigo*.
143. Francisco Villaspesa: *El último Abderramán*.
144. E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.
145. F. Falero Marquina: *Kara Avis*.
146. Felipe Trigo: *A todo honor*.
147. Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.
148. Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.
149. Rafael López de Haro: *Del Taio en la Ribera*.
150. Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.
151. Martínez Cuenca: *Semana de Pasión*.
152. Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.
153. Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*
154. Carlos Fernández Shaw: *El Poema de Caracol*.
155. Luis Cánovas: *El obstáculo*.
156. Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.
157. Miguel Ramos Carrión: *La reina de los Magdyures*.
158. Salvador Rueda: *El poema a la mujer*.
159. Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.
160. Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías...*
161. Arturo Reyes: *De mi almira*.
162. Vicente Almela: *La senda triste*.
163. Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.
164. Carlos Miranda: *Mi niña*.
165. Benigno Varela: *Relámpagos de mi vida*.
166. Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.
167. Felipe Sassone: *En carne viva*.
168. Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedru*.
169. Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.
170. Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.
171. Angela Barco: *Fémina*.
172. A. Hernández Catá: *La distancia*.
173. E. Marquina: *Fin de raza*.
174. Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.
175. Luis Huidobro: *La casa número 13*.
176. José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.
177. Emilio Carrere: *Elvira la espiritual*.
178. Gustavo Vivero: *Amelia*.
179. Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.
180. Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.
181. Anatole France: *Komm «el Atribatav»*.
182. Francisco Rodríguez Marín: *Azar*.
183. León Tolstoy: *Valor*.
184. Felipe Trigo: *Además del frac*.
185. Colette Willy: *Mi abna era cautiva...*
186. Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA, calle de San Roque, núm. 7.—MADRID

